

JORGE NEGRETE

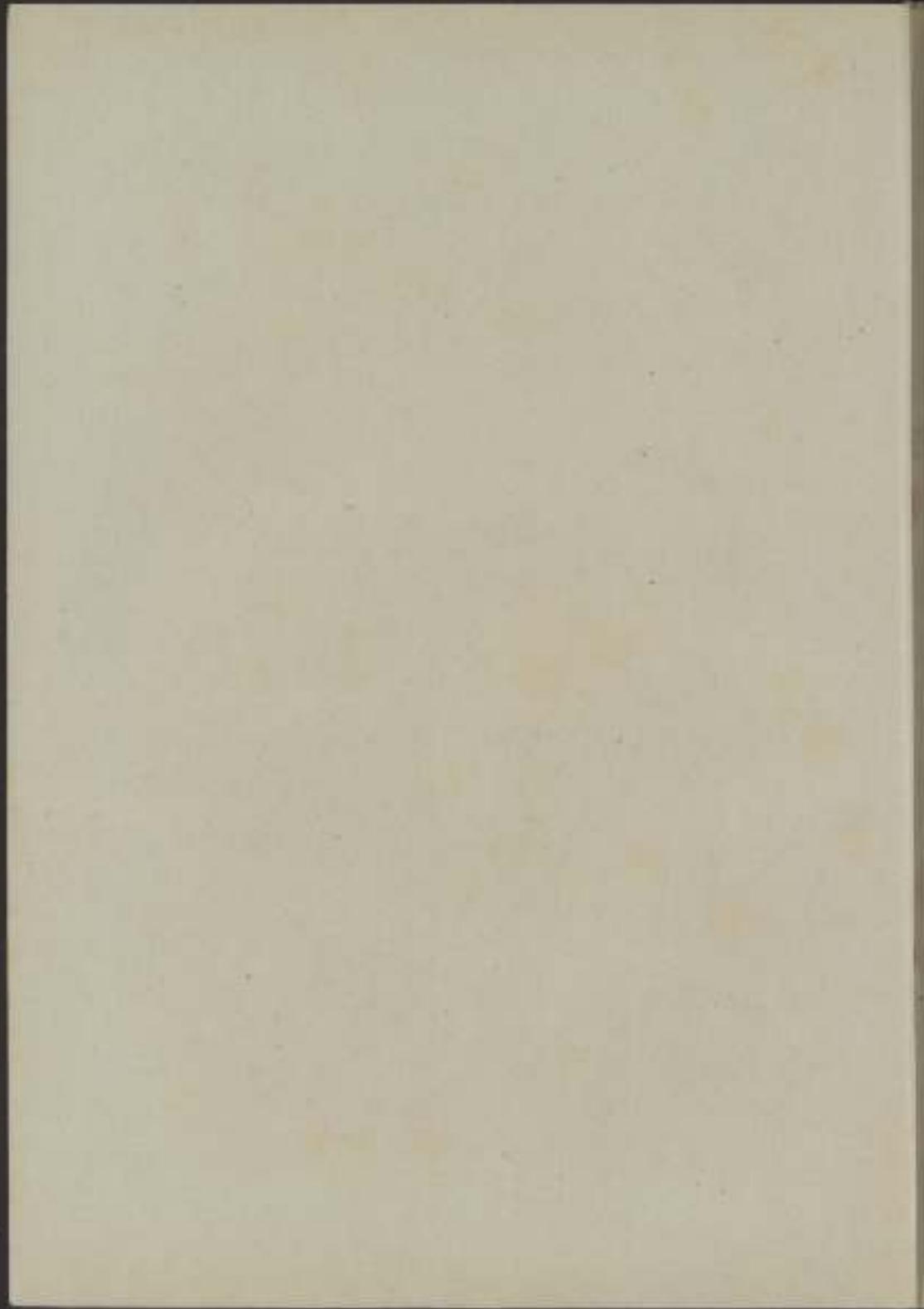
GLORIA
MARIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
Serie Especial



SEDA
SANGRE
SOL

Editorial **ALAS**





SEDA,
SANGRE
Y SOL

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbari, 16, Barcelona - Tormes, 4, Madrid

EDITORIAL
AUSA



AÑO XX

SERIE ESPECIAL

NUM. 358

NUM. 109

SEDA, SANGRE Y SOL

Toda la alegría, color y luz de una tarde de toros se evoca en este film mejicano, donde aparece **Gloria Marín** como bellísima niña torera; tipo que si no es precisamente un mito en España, es poco corriente; pero al ver la gracia con que dicha artista maneja estoque y muleta causa verdadero entusiasmo. Alrededor de la niña torera se ha tejido un drama sentimental entre diestros rivales que, añadido al soberbio reporrage de la plaza «El Toreo» de Méjico, da por resultado una gran película.

EXCLUSIVA ESPAÑA ACTUALIDADES

Calle Mayor, núm. 4 - MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES

Jorge Negrete
Gloria Marín
Pepe Ortiz
Pepe Castellot

Director:

Fernando Rivera

Narración literaria por

Marcos Estrada

PROLOGO

Los personajes que van a entretener el ocio del lector, si es que tiene paciencia para llegar al final de esta historia, son lo suficientemente interesantes para que hagamos de ellos un ligero relato y así sabrá desde el principio quiénes y cómo son los que serán sus amigos todo el rato que dure la lectura.

El primero que merecerá nuestra atención es el gran torero José Molina, conocido por «El Temerario», gracias a su valentía y arrojo en el ruedo, Hombre apuesto y bien parecido, dotado de gran valor para luchar con los brutos en la plaza, poseía un corazón bueno y una imaginación algo mezquina. Sus triunfos como torero le habían engraido, y daba por descontado que todos tenían que adorarlo. Esto lo había conseguido de la persona que más valía ante sus ojos, como mujer y también como torera; pero de ella ya se hablará más adelante. José Molina había conseguido conquistar a Rosario y esta proeza le colocaba por encima de todos los demás toreros, que tampoco miraban con malos ojos a la joven. No obstante había sido «El Temerario» quien se la llevara. Un cariño apasionado por la que había de ser su mujer le hacía ver rivales en todos los hombres, y eran tan exagerados sus celos que con ellos amargaba su noviazgo. El carácter

especial y poco comprensivo de José Molina fué el causante de la tragedia que en el primer año de casados sufrió la joven pareja.

Rosario es la niña torera que triunfa en aquel momento en las plazas de Méjico. Bella y graciosa, torea magistralmente y su arte no le quita ni un ápice de esa feminidad que cautiva a cuantos la tratan, y hace caer rendidos a sus pies a los más altivos galanes. Buena como ninguna y con un corazón de oro, cae por «El Temerario», a quien jura amar toda su vida y sacrificarse con el abandono de una carrera en la que ponía todo su entusiasmo. Así es Rosario, la gentil, la bella, la que conocemos a poco de empezar el primer capítulo. Superior en bondad e inteligencia a su marido, tiene que sufrir las consecuencias de los errores de aquél, hasta que después de muchas vicisitudes y sufrimientos reaparece el arco iris en el firmamento como señal de que la tormenta ha cesado.

Tiene también su papel, y muy importante, en nuestra historia, el gran torero Rodrigo Rangel, al que Molina se empeña en mirar siempre como a su rival. ¿Que había pretendido a Rosario? ¿Que todavía la quiere? ¿Que le envidia su suerte en la plaza? Poco le importa a Rodrigo lo que de él piense su compañero. Obra siempre Rodrigo con lealtad, con altruismo, aunque sepa que no le comprenden y que no agradecen sus favores. Hacer el bien por el bien, es la norma de Rodrigo, y así es hasta llegar al sacrificio de dar la vida.

¿Y por qué no dedicar unas líneas a Juanillo? Es éste el andaluz más gracioso que jamás haya pisado Méjico en pos de un torero que le dejó sin amo, porque tuvo la desgracia de dejarse coger y morir de paso. Pero un hombre de las buenas condiciones de Juanillo, un magnífico mozo de estoques, no debía estar mucho tiempo parado y fué a servir a «El Temerario», de quien no piensa separarse en toda la vida. Sus dichos y gracejos salpimentan el relato de nuestros toreros, que no son siempre alegres, pero nunca falta la salida graciosa de Juanillo, que hace brotar la sonrisa en todo momento. Es Juanillo quien corre a buscar el médico, él es quien sale a empeñar el traje de luces, él quien pone en marcha la casa y cuida a la pequeña en los

días de estrechez y, como es natural, es también Juanillo quien en la plaza está siempre junto a su amo para animarle y servirle en todo lo que haga falta. Este tipo de criado fiel, dispuesto a toda clase de sacrificios, constituye uno de los personajes más interesantes de nuestra historia, tanto es así, que sin Juanillo ni José, ni Rosario ni Rodrigo podrían haber sido felices.

«LA ULTIMA CORRIDA»

Desde muy buena distancia podían oírse los «olé» y aplausos que procedían de la plaza «El Toreo», cuyo alrededor estaba atestado de coches, síntoma de que no habría quedado un asiento libre. Había una muchedumbre dentro y otra que aguardaba fuera, desde donde seguía el curso de la corrida guiándose por los aplausos que menudeaban y de la información que alguno que otro vendedor ambulante les facilitaba al salir para buscar más mercancía.

Rápidamente se agotaban el confetti y las serpentinas con que el público entusiasmado premiaba a sus diestros favoritos en unas faenas como nunca se habían visto.

El cartel era tentador. Tres grandes nombres: Rosario, José Molina, conocido por el sobrenombre de «El Temerario» y Rodrigo Rangel. Los tres eran primeras figuras, y Rosario podía muy bien torear entre los dos toreros, y aquella tarde estaba magnífica. Como si quisiera dejar un buen recuerdo a sus admiradores, la joven torera manejaba la capa haciendo lo que quería del toro; y si bien estuvo con la capa, mejor se portó en la suerte de banderillas. Nada le resultaba difícil, y los toros le obedecían como corderos. Los dos espadas no le quitaban los ojos de encima. Ambos sabían que la tarde era para Rosario y que todos los que habían acudido a la plaza era para aplaudirla por última vez, ya

que se había anunciado que al casarse abandonaría la arriesgada carrera.

En la barrera, y hablando con su mozo de estoques, estaba «El Temerario», un torero bien plantado que observaba el trabajo de Rosario con algo más que atención. Sus ojos la seguían constantemente, y se podía decir que con cierta tristeza.

Los aplausos eran ensordecedores. Música, palmas, oreja y vuelta al ruedo. ¡Con qué gracia saludaba Rosario al público entusiasmado y a la presidencia!

«El Temerario» sonrió a su criado y dijo:

—¡Y pensar en que esa muchachita va a ser mi esposa! ¡Qué enorme ha estado!

—¿De qué le va a servir su arte y tanto trabajo? ¡Mardita zca!

—Pues qué quieres, ¿que una vez casada siga toreando?

—Cuando una mujer ha nacido torera, con toda la gracia y la sal...

—Déjate de tonterías y no hablemos de eso. Mé caso para que mi mujer sea para mí.

—Zi, pero ella es...

—Una mujer no es un toro, Juanillo, y quiero tenerla en casa.

—Ya lo supongo, y el arte del toreo perderá un ángel.

Las ovaciones a Rosario continuaban frenéticas y «El Temerario» escuchaba entre triste y satisfecho, deseando que aquello terminara pronto y pudiera retirarse con la que todavía era su prometida, pero que dentro de muy poco sería su esposa.

—Vamos dentro, Juanillo, a reunirnos con Rosario—ordenó el torero a su criado.

Al salir de la barrera para adentrarse donde estaba Rosario, «El Temerario» se cruzó con Rodrigo Rangel y éste ni se dignó mirarle.

—¡Mala zombra!—dijo Juanillo en voz baja.

—Veo que él me odia—comentó José—, y pensar que fuimos tan buenos amigos.

—No debe sorprenderle eso.

—¿Por qué?

—Rosarito, él también la quería.

—Ella fué quien eligió entre los dos; no tengo nada que echarme en cara.

—Zí, zí, pero mujer entre doz hombres, la guerra europea es un juego de niños comparada con ello.

Sonrió el torero ante la charla de su criado, mientras seguía el camino que había de conducirle adónde se hallaba su prometida.

Escaleras y pasillos iban echando gente a la calle y cortando el paso de José Molina seguido de Juanillo, haciéndoseles interminable el rato que tardaban en llegar ante la mujer que uno y otro querían. José porque estaba enamorado de ella e iban a casarse y Juanillo como gran admirador de su arte y devoto servidor.

Se abrieron paso entre la multitud y llegaron hasta el despacho del empresario don Manuel, a quien hallaron rodeado de amigos ansiosos también de despedirse de Rosario en esta memorable tarde en que había dado por terminada su carrera con una grandiosa corrida.

Cuando entró José en la habitación Rosario corrió hacia él y ambos, cogidos del brazo, aceptaron la copa que les ofreció don Manuel. Estaba éste emocionadísimo al perder para siempre a Rosarito, pero se hacía cargo de que al casarse debía abandonar aquella carrera. Levantó la copa y con voz cortada por la emoción, dijo:

—Te vas de la fiesta, Rosario... a ti debo el triunfo de esta tarde gloriosa como ninguna de las que han transcurrido en «El Toreo». El recuerdo de hoy perdurará en mi memoria, y si bien hoy te pierdo para el arte, admiro en ti a la mujer que al sentirse amada, sabe abandonar una brillante carrera para ser la estrella del hogar de aquel que seguirá en el ruedo cosechando aplausos y laureles. ¡Hijos míos, muchas felicidades!

Las palabras de don Manuel habían hecho acudir más de una lagrimita en los ojos de los concurrentes, y Juanillo no era de los menos emocionados.

—Y ahora que ya he dicho oficialmente lo que había de decir

—prosiguió don Manuel— va a hablar el amigo. Les brindo mi finca del lago para que vayan a pasar en ella su luna de miel. No creo que haya nada más a propósito para dos tortolos enamorados, como aquella casa.

José y Rosario se miraron satisfechos.

—Acepto, don Manuel—dijo José—; tendremos mucho gusto en hacer uso de su hospitalidad.

—No vale la pena; y ahora, Rosario, acepta este regalito de tu viejo empresario.

Y don Manuel ofreció un precioso broche a la joven.

—Es magnífico, don Manuel—exclamó Rosario al abrir un estuche y descubrir una preciosa joya.

—Mereces esto y mucho más, Rosario.

—¿Vamos a ver los regalos?—dijo José.

—Sí, en seguida volveremos —repuso Rosario, despidiéndose por un momento de los amigos que allí estaban.

Cogió a su prometido por el brazo y pasaron a otra habitación donde había una mesa llena de objetos y regalos de sus amigos y admiradores. Uno y otro iban observando las muestras de cariño que representaban aquellos objetos y leyendo las tarjetas que los acompañaban.

Rosario vio un estuche con una joya de valor y quiso saber quién se la había mandado. Abrió el sobre y leyó un nombre que agitó su corazón. Disimuladamente quiso tirar la tarjeta al suelo, pero José había notado su sobresalto.

—¿De quién es?—preguntó José.

—No sé...

—Rosario, dime la verdad. He visto cómo escondías una tarjeta.

La joven se la ofreció porque en realidad no tenía nada que ocultar.

—Toma.

Desdobló José la tarjeta que Rosario había estrujado en su nerviosidad para ocultarla y ante los ojos celosos del novio apareció el nombre de Rodrigo Rangel.

—¿Y tú lo has aceptado?

—Lo ha mandado. No sabía nada.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Como todos los demás regalos, José.

Nervioso y malhumorado, el famoso torero tiró con violencia el estuche que contenía la joya del que se empeñaba en considerar todavía su rival. Rosario miró desconsolada al que tenía que ser su marido, temiendo que mal empezaban ya antes de casarse.

—Mira, José, tú sabes que voy a ser tu esposa y no debes tomar las cosas así. Rodrigo quiso ser mi novio y yo no le quise porque te quiero a ti, ¿entiendes?, sólo a ti. Dios me ha concedido esa misma afición que tú, que eres torero, bien has de comprender lo que cuesta abandonar el ruedo, y lo hago por ti; pero si has de vivir atormentado por unos celos que no tienen fundamento alguno, será mejor que me dejes.

—No digas eso, Rosario.

—¡Vete!

Rosario se había alejado de la mesa que contenía los regalos y daba la espalda a José. Se sentía humillada ante los absurdos celos de su novio.

Rosario—dijo José en voz baja, acercándose a ella.

—No, José, es mejor terminar ahora que todavía estamos a tiempo.

Mientras los dos novios discutían, en el despachito de don Manuel los admiradores de Rosario seguían brindando por la salud de la que se retiraba y para el éxito del que continuaría en la plaza.

—Perdóname, Rosario, son los malditos celos, no debí haber dicho lo que he dicho, ¿me perdonas?

Miró José amorosamente a su novia y ésta le perdonó. En aquella habitación había una Virgen de Guadalupe en una hornacina, a la que Rosario y también José habían elevado sus plegarias antes de salir al ruedo. El torero siguió la mirada de Rosario y vió que miraba a la Virgen, y aquél con su deliciosa voz quiso testimoniar ante su Virgen Morena una promesa y hacer votos para su felicidad. Cogió la mano de Rosario y mirando a la Virgen, cantó:

¡Promesa!

Yo te juro a la Virgen Morena
que si alguna pena te causo, mujer,
me castigue por serte perjuro
y con mano dura me haga padecer,
Que me quiten sus manos de Santa
mis tardes de gloria y su bendición,
porque mi cariño sólo es para ti...
y si tú me faltas, es mejor morir...
Por esto te juro ante la Virgen,
te juro que siempre me tendrás aquí
para darte mi amor...
y toda la vida vivir para ti...

—¿Ze pué pazar?

Nadie había oído la llamada de Juanillo, y esto, en vista de que no le contestaban, y como por otra parte sabía que estaban allí, entró sin más preámbulos.

—¿Entoavía no ze han mudao de ropa?—exclamó, horrorizado al ver que los dos iban aún con el traje de lucos.

—Ya lo sabéis, a vestirse como doz balas, que ze etá haciendo tarde.

—Tiene razón, Juanillo—dijo Rosario—, hemos estado aquí perdiendo el tiempo.

—No digas eso, Rosario; hemos estado aquí el tiempo que hacía falta para que tú y yo nos comprendiéramos mejor. Ahora se han acabado los malentendidos y a vestirnos inmediatamente para la ceremonia.

—Inmediatamente, José.

Salieron de la plaza en sus coches y cada uno fué a su hotel para cambiarse y correr luego a la iglesia a casarse, donde ya les esperaban hacía rato sus amigos y admiradores.

DIAS FELICES

La finca de don Manuel era el paraje ideal para una luna de miel, y Rosario y José disfrutaban de todos sus encantos, que los tenía en abundancia. Frondosos jardines cuajados de flores, sombrias avenidas que invitaban a los enamorados a pasear bajo sus frondosos árboles. El río que bañaba los campos contiguos ofrecía también sus tranquilas aguas para que los dos enamorados pasearan por él en una barquita con Rosario sentada cómodamente, mientras José remaba y le cantaba las más deliciosas canciones.

Canto de amor

 Cuando en amor se siente
 por vez primera...
 Su encanto es comparable
 a la primavera...
 Besos que son un sueño
 una quimera...
 Cuando te beso, ¡te quiero tanto!
 Que ni remotamente
 pensar quiero...
 Que este querer tan nuestro
 lo empañe el llanto...
 y que nada ni nadie nos lo quitará...

Las aguas del río y la canción de José mecían a Rosario en aquella barquita transportándola a una región de ensueño y de felicidad como nunca había podido soñar que pudiera existir en la tierra.

—Gracias, José; cantas maravillosamente. Podría estar escuchándote toda la vida.

—Rosario, y yo podría estar siempre cantando sólo porque me miraras con tus hermosos ojos.

—¿No te cansas de remar?

—¿Cómo puedes hacerme semejante pregunta? La barquita es ligera y la carga es una pluma... «Cuando en amor se siente por vez primera...»

Repetía José su canción y Rosario entornaba los ojos para sumirse del todo en aquellos momentos felices que pronto tocarían a su fin porque tendrían que regresar a la ciudad y su esposo resnudar el trabajo; pero mientras estaban allí solos sin que nadie fuera a turbar su deliciosa luna de miel, Rosario quería aprovechar todos los minutos, ya que el recuerdo de estos días la acompañaría toda la vida.

Cuando regresaban a la finca después del paseo por el río, José cogía el brazo de su esposa y le preguntaba:

—¿Eres feliz, Rosarito?

—No creo que sea necesario hacerme semejante pregunta, pero si es que te da gusto que te lo diga, te lo repetiré una y mil veces, jamás creía que se pudiera ser tan feliz.

—¿No te arrepientes de haber abandonado tu carrera?

—No, porque tú la sigues y yo disfrutaré de tus éxitos como si fueran míos.

Hablando así alegremente llegaron a la casa y se sentaron a descansar en un sofá de su habitación.

—¡Cuánto te quiero, Rosario!

—Yo también, José.

Marido y mujer se estrecharon en un fuerte abrazo y entonces José se dio cuenta de que encima la mesa habían unos diarios llegados por correo.

—Hay que enterarse de lo que ocurre en el mundo, aunque uno se halle en el paraíso terrenal—dijo José, rompiendo la faja de un diario.

Lo miró por encima e inmediatamente fué en busca de la sección taurina, y vió con satisfacción que ya aparecían los anuncios de la próxima temporada con la lista de diestros contratados. Su mirada corrió arriba y abajo de la lista sin ver su nombre en parte alguna.

—Rosario, mi nombre no aparece en cartel.

—Tal vez vendrá otra lista.

—No, no, y en todo caso mi nombre debería aparecer en la primera.

—No te alarmes, José; es posible que haya un malentendido.

¿Cómo van a prescindir de «El Temerario»?

—Rosario... el autor de esto es Rangel.

—No digas.

—Sí, estoy seguro; pone y quita nombres a su antojo y se cree que puede prescindir del mío, y se equivoca.

La contrariedad que reflejaba el semblante de José entristeció a Rosario porque creyó que esto haría reverdecer los celos y la antipatía que su marido sentía por Rangel.

—No le creo capaz de tanta bajeza, José.

—¿Pues cómo te lo explicas?

—Podría ser cosa del empresario don Pedro.

—Mi nombre en los carteles ha llamado siempre al público, y si ahora no lo ponen es porque hay alguien interesado en que no aparezca.

—No te atormentes, José. Vamos a regresar pronto, y en Méjico sabremos exactamente cómo están las cosas. No creo que piensen dejarte sin torear.

Después de esta conversación sostenida a raíz del anuncio de la próxima temporada de toros, tanto Rosario como José sentían deseos de regresar a la ciudad para saber cuál era su situación, y decidieron dar por terminada su luna de miel, que tan felices horas les había proporcionado.

José sentía mucha más inquietud que Rosario, porque él sabía que para casarse había contraído una deuda con un viejo prestamista que cobraba un fuerte interés. A un torero no le era difícil encontrar dinero siempre que su nombre se viera en cartel, por esto le afectó tanto a José Molina ver que el empresario don Pedro no había contado con él.

Regresaron los novios a su casa y fueron recibidos por el fiel Juanillo, quien por su gusto les hubiese acompañado constantemente si no le hubiesen dado a entender que no le necesitaban para nada.

—Gracias a Dió que están aquí otra vez. Parecía que no había nadie en el mundo.

—Pues ya estamos aquí, Juanillo, y ahora a trabajar.

—¿Ha visto a don Pedro?

—No, todavía no; pero supongo me mandará llamar.

Juanillo no decía nada, ni sabía nada; pero también se había enterado de que José no estaba en cartel aquella temporada.

Mientras tanto en el despacho de don Pedro estaba Rodrigo Rangel hablando con el famoso empresario.

—No me explico por qué ha suprimido usted a Molina del cartel.

—«El Temerario» es un buen torero, pero desde que se ha casado y se nos ha llevado a Rosario, no sabemos qué es lo que va a hacer.

—Pues ha de torear, no van a vivir del aire del cielo. Ni uno ni otra son gentes de posición.

—Ya toreará, Rodrigo, no se preocupe.

—Diga, don Pedro, ¿por qué no anuncia un mano a mano de Molina y yo?

—¿Tú crees que esto llamaría a la gente?

—Estoy seguro de ello.

—¿Tú lo quieres?

—Sí, don Pedro, y no se arrepentirá usted.

—Pues lo acepto. Ahora mismo voy a llamar a Molina para formalizar el contrato.

—Gracias, don Pedro.

Salió Rangel del despacho de don Pedro completamente satisfecho porque había considerado que se le hacía una injusticia a José Molina al excluirle de la lista de matadores aquella temporada.

Don Pedro se puso en comunicación con José y pronto quedó ultimado el convenio. Cuando «El Temerario» regresó a su casa le contó a Rosario el porqué le había llamado don Pedro.

—¿No te lo dije yo, José, que había un malentendido?

—Sí, son cinco corridas, mano a mano con Rodrigo Rangel. Esta noticia no la esperaba Rosario, y a decir verdad no fué

de su agrado. Sabía que José detestaba a Rangel, y sin saber por qué desde aquel momento empezó a temer por la suerte de su esposo. Observó esto el semblante triste de Rosario.

—¿Qué temes, amor mío? ¿Crees que no puedo medirme las fuerzas con Rodrigo?

—Lo has demostrado varias veces, pero hubiese preferido que tus corridas hubiesen sido con otros toreros.

—Ya verás tú cómo todo saldrá a pedir de boca y no hay nada absolutamente que temer. Una vez en el ruedo, se olvidan todas las pequeñeces estas. Voy a dar órdenes a Juanillo.

Este tenía la gran suerte de que nunca andaba muy lejos y en cuanto se le necesitaba allí estaba.

—Hay que limpiar los estoques, Juanillo, que deben estar enmohecidos.

—Deje mi niño que yo se lo arreglaré todo como ha de estar.

El arreglo del cartel con los nombres de Rodrigo Rangel y «El Temerario» en un mano a mano despertó la curiosidad de la afición como era de esperar, porque se sabía que Rodrigo también había estado enamorado de Rosario. Mucha se hablaba entre empresarios y toreros del acontecimiento y se esperaba con verdadera ansia. José quería aparentar ante Rosario que no sentía la más pequeña nerviosidad; pero era inútil el disimulo, ella comprendía muy bien que su marido también hubiese preferido torear con otro que no fuera Rodrigo. Los días transcurrían rápidamente y al fin llegó la tarde en que los que habían sido rivales en amor se encontrarían de nuevo en la plaza para torear juntos.

UNA CORRIDA MEMORABLE

Los alrededores de la plaza de «El Toreo» eran un hervidero de gentes que en coche, en autobús y andando se dirigían allí para presenciar la gran corrida en que dos ases iban a torear mano a mano.

—¿Ha venido la cuadrilla?—preguntó José a Juanillo.

—Sí, sí, casi están ya todos.

No estaba muy de humor Juanillo, y lo demostraba las pocas ganas que tenía de hablar.

Había oído muchas conversaciones de amigos y enemigos que en general tampoco aprobaban el famoso mano a mano.

En el grupo de Rodrigo los comentarios eran un poco duros y juzgaban friamente a Molina.

—Ha sido la necesidad lo que le ha obligado a José a aceptar estas cinco corridas mano a mano con su rival en amores y en la plaza.

—Ya veremos cómo se desenvuelve la corrida. Los dos son buenos toreros y nos harán disfrutar.

—No lo creo yo así. El empresario ha ido a su negocio, y por esto ha puesto a los dos diestros en un mismo cartel.

Por más que José quería disimularlo, estaba muy nervioso ante lo que le aguardaba. Por una parte era verdad que la necesidad le había obligado a aceptar el torear con Rodrigo, cuando hubiese preferido haber sido él solo la primera figura del cartel, y por otra, Rodrigo era el primero que torearía y le tocaría estar mirándole durante tres toros y escuchar las ovaciones que sin duda tendría. Pero no había otra solución.

Los mozos de estoque de uno y otro torero se miraban y hablaban, poniendo mucha intención en todo cuanto decían.

—¿No son amigos nuestros amos?—dijo uno de la cuadrilla.

—Ni enemigos—contestó presuroso Juanillo, también nervioso porque vio que se acertaba el viejo usurero que había prestado dinero a José.

—¡Mardita sea mi cara! ¡Este por aquí!

El viejo judío se acercó a Juanillo, al que conocía muy bien.

—¿Podría ver al señor Molina?

—Espere usted un poco. Ya han llegado los ingleses—dijo Juanillo para su capote y corrió a avisar a José.

Le hizo pasar y «El Temerario» le recibió cordialmente.

—¿Qué le trae a usted por aquí?

—Pues usted verá, señor Molina, tengo esto pagará de usted y...

—Lo recordaba, no crea que no pensara pagarle.

—Sí; pero como que ya ha vencido la fecha y no se me ha dicho nada.

—Ya sabe usted que estuve fuera con motivo de mi boda; hace muy poco que he llegado.

—Sí, sí, me hago cargo; pero yo quisiera saber a qué atenerme, que me diera usted una fecha, una seguridad.

—Todas las que usted quiera. Tengo cinco corridas contratadas, hoy es la primera.

—Le felicito, señor Molina.

—Gracias, no tendrá usted que esperar mucho, cobrará de las dos primeras corridas. ¿Le parece a usted bien?

—Encantado, señor Molina; es lo único que deseaba saber.

José hizo la promesa de pagar al usurero con absoluta buena fe porque con un contrato para cinco corridas le sobraba dinero para pagar aquella deuda y poco le preocupó la visita del acreedor. Todo fuese tan fácil de solucionar como las exigencias de uno que desea cobrar.

Había llegado la hora de salir a la plaza. El rumor de la gente que se oía desde donde se hallaban José y Rosario denotaba que la plaza estaba llena a rebosar.

Los amigos de Rodrigo ofrecían también sus consejos para que no se pusiera nervioso.

—No me importa lo que digan, todo el mundo sabe que quise a Rosario.

—Pues ten cuidado, no vayas a perder la cabeza, Rodrigo.

—No hay cuidado, no estoy nervioso.

Rosario estaba junto a su marido para despedirse antes de que saliera al ruedo.

—Esta tarde voy a torear como nunca, Rosario.

La esposa de Molina estaba más bien triste y no contestó.

—¿Piensas en tus tardes de gloria?

—No, José, sólo pensaba en ti.

—Gracias, amor mío—contestó él, besando a su esposa.

—¡Olé por er torero más grande der mundo!—exclamó Juanillo, loco de admiración por su amo.

—¡Que la Virgen te acompañe!—dijo Rosario, y cogiendo a José por el brazo lo llevó ante el altarcito de la Virgen a rezar. Permanecieron unos instantes en silencio. El se persignó y le dió un beso.

—¡Hasta la vuelta, Rosario!

—¡Que la Virgen te guarde, José!

Salió el torero y quedó sola la esposa. Se postró de hinojos ante la Virgen y en voz muy queda dijo:

—¡Gloriosa Virgen de Guadalupe, hazed que no le pase nada!

La música anunciaba que iba a salir la cuadrilla y mientras esperaban este momento, los dos toreros se encontraron cara a cara.

—Vengo dispuesto a darte un baño—dijo José.

—Apuesto lo que quieras a que corto orejas—contestó Rodrigo sin enconó.

Salió la cuadrilla a la plaza y la ovación fué estruendosa. Saludaron los dos toreros a la presidencia y pronto notó José que era Rodrigo quien despertaba tanto entusiasmo.

—Este ha traído la familia aquí para que le aplauden.

No oyó bien Rodrigo qué era lo que decía su compañero.

—José, te apuesto cualquier cosa a que corto orejas.

—Acepto. Si cortas orejas, te doy mi sueldo; pero si las corto yo, me darás el tuyo.

—De acuerdo.

—Ya veremos a quién aplauden al final.

—No te olvides, si corto orejas...

—Bien, hombre, bien; sal a torear.

José se colocó en la barrera y junto a él Juanillo para observar cómo toreaba Rodrigo.

Rodrigo estaba magnífico con la capa y arrancaba unas ovaciones delirantes del público, que no se cansaba de aplaudir. José miraba un poco triste el triunfo de su rival. Nuevo manejo de la capa haciendo la mariposa y dominando al toro constantemente. Pases de rodillas, verónicas y todas las filigranas imaginables.

del arte del toreo eran ejecutadas por Rodrigo, debiendo reconocer, incluso José, que tenía una tarde maravillosa.

Las serpentinas y el confetti alfombraban la plaza. Llegó el momento de matar y lo hizo con la misma maestría con que había estado jugando con el toro todo el rato. De una estocada limpia y certera mató al astado, y entonces, literalmente, se volcó la plaza. La música premió aquella faena torera y valerosa, de la que habían destacado varios pases y un acertado descabello. Se le concedió la orseja, dió la vuelta al ruedo y continuó escuchando ovaciones.

Había llegado el instante en que debía salir José a torear. Se adelantó hasta la presidencia, quitóse la montera y brindó el toro. Salió del chiquero su primer toro, tomóle de capa y fué ajustándolo al cuerpo lentamente, sacó unas verónicas, modelo de valentía y temeridad, y cuando el público iniciaba la ovación, aquel toro que llevaba la cabeza demasiado baja la levantó inopinadamente, cogiendo a José.

Corrió Rodrigo y los demás toreros para apartar al bicho, pero era demasiado tarde. Las heridas eran graves y «El Temerario» salió del ruedo en brazos de sus compañeros y amigos hacia la enfermería para operarle inmediatamente.

Trágico final había tenido aquel primer mano a mano entre José y Rodrigo, que tanto había dado que hablar. Los aplausos escuchados por Rangel habían descompuesto los nervios de José, y al llegar la hora de salir al ruedo, «El Temerario» había perdido el temple y la seguridad que en otras ocasiones habían hecho de él un gran torero.

Ahora, con heridas graves en ambas piernas, ¿quién sabe si podría valver a torear? Este era el pensamiento que más le atormentaba mientras yacía sobre la mesa de operaciones rodeado de médicos que movían la cabeza poco esperanzados por la suerte del torero.

Rosario había abandonado la plaza para correr también a la enfermería y animar con su presencia a José. Este intentaba sonreírle para que creyera que no sufría; pero a ella no se le ocultaba

la gravedad del caso. Conocía perfectamente lo que era todo aquello y con razón temía por el resultado que aquella trágica corrida podría tener para ellos dos. Tan acongojado como Rosaria estaba Juanillo, quien había presenciado algo de lo que acababa de ocurrir.

LA ENFERMEDAD

Después de realizada la cura de urgencia a José, que tuvo lugar en la enfermería de la misma plaza de toros, fué trasladado a una clínica, ya que su estado exigía muchas precauciones.

Rodrigo, que había lamentado mucho el accidente, fué un día a la clínica, donde encontró a Rosario.

—¿Cómo sigue?

—Son unas heridas muy difíciles de curar y todas en las piernas.

—Le avisé que aquel toro era traidor y no me hizo caso. No me culpes, Rosario, esto nos puede pasar a todos.

—Vete, Rodrigo, prefiero que no sepa que has estado aquí.

—No le guardo ningún rencor, fueron tonterías nuestras.

—Pero es mejor que te vayas.

Obedeció Rodrigo las órdenes de Rosario y se ausentó de allí con el corazón lleno de amargura, pues temió que se le hacía responsable de algo con lo cual no tenía nada que ver.

Iban pasando los días y el dinero que tenía Rosario se agotaba para poder atender a los gastos de José en la clínica, y el porvenir no podía ser más dudoso porque el enfermo no mejoraba con la prontitud que se creyó en un principio. En cuanto a trabajar, no había que pensar en ello hasta dentro de mucho tiempo.

Los acreedores se habían echado sobre la casa de José Molina, y como Rosario no disponía de medios para pagarles, tuvo que ver con tristeza cómo se llevaban el coche, los mejores muebles y todo lo de valor que poseía. Juanillo compartía con ella aquellos

pesares, y ambos procuraban ocultar la verdadera situación al enfermo para evitar que todavía se pusiera peor.

Cuando Rosario iba a visitar a su marido procuraba poner un semblante alegre, pero él adivinaba que su esposa sufría por algo más que por su enfermedad.

—Aquí me tienes ya dos meses y sin poder hacer nada—le dijo un día José.

Había ya abandonado la cama, pero no podía andar si no se servía de dos muletas y así y todo se movía con mucha dificultad.

—Debes tener paciencia, querido José; ya verás cómo pronto te pones bien.

—Eres encantadora, Rosario; pero temo que te encuentras con alguna dificultad por mi culpa.

—No hablemos de dificultades, José; todo se arreglará y volveremos a ser felices.

Con su suave sonrisa procuraba animar al enfermo y luego regresaba a su casa, muy distinta de la que creía José, pues después del embargo de los muebles se había trasladado a una vivienda pobre, en la que Juanillo le servía de criado y procuraba hacerle llevadera la pobreza.

Los dos pasaban horas muy tristes porque no se veía una solución rápida ni satisfactoria a aquel estado de cosas; muy al contrario, cada día empeoraba la situación.

Una tarde Rosario no se vió con ánimos de ir a visitar a José. Temió que no podría disimular y prefirió quedarse en casa remendando su pobre ajuar. Llegó solo Juanillo a la clínica y se encontró a José en el jardín sentado en la butaca de costumbre, esperando la llegada de su esposa.

—¿Vienes solo?

—Sí.

—¿Por qué no ha venido Rosario?

—Estaba un poco cansada.

—¿Está enferma, Juanillo?—preguntó ansioso José—. No me engañes.

—No está enferma, digo no está enferma.

—Pues... ¿por qué no ha venido?

Juanillo daba vueltas a su sombrero cordobés, lo cogía con ambas manos, lo sospesaba y miraba al techo.

—Por favor, Juanillo, habla!

—Zi está bien, home, está bien.

—Me tienes sobre ascuas... y pensar que yo no puedo moverme.

Juanillo no pudo contenerse más y medio lloroso y compungido decidió hacer frente a la situación.

—Ze lo llevaron todo, todo, hazta el auto...

—¿Qué quieres decir con esto?

—Lo ingleze, los acreedores, ze lo llevaron.

—¿Es posible?

—Quarian cobrar, y ¿cómo había que pagarles? Todo lo que tenía Rosario se ha venido aquí.

José se había quedado sin palabras. Es decir, que mientras él estaba enfermo en la clínica sin poder moverse, los cuervos de los acreedores habían tenido el valor de despojar a su esposa. La indignación que sentía no le permitía hablar.

—Rosario está hecha un mar de lágrimas.

—¡Pobre esposa mía! —exclamó José, a cuya imaginación acudió el recuerdo de su buena Roserío.

—Hemos cambiado de vivienda—prosiguió Juanillo, pensando que ya que había empezado era mejor informarle de una vez.

—Y ¿dónde estáis ahora?—preguntó ansioso.

—En una cazita mu probe, pero con techo encima a Dió gracias.

—Esto es terrible, Juanillo, y lo peor de todo es que yo todavía no puedo hacer nada. Mis piernas no me llevan. He probado de andar varias veces y no tengo fuerza.

—Hay que esperar.

Ocultó José su semblante entre las manos y pareció que se ilozaba. Miróle Juanillo sin saber qué decir y se limitó a pasar la mano por la espalda de José en cariñoso gesto para consolarle.

—No me hagas caso, Juanillo. ¡Pensar que por mi culpa ahora Rosario se encuentra en esta situación...

—Ella ez feliz—comentó Juanillo.

—¿Cómo puedo ser feliz? Yo enfermo y ella que haya tenido que renunciar a su casa y al lujo a que estaba acostumbrada. Juanillo, he de procurar curarme. A ver, ayúdame a andar.

José se puso en pie e intentó andar cogiéndose del brazo de su criado. Fué un esfuerzo inútil. No le sostenían las piernas y no tuvo más remedio que coger de nuevo las muletas si quería dar un paso.

—Igual que la otra vez que lo intenté. No tengo fuerza en las piernas, especialmente en la derecha. Juanillo, vete a casa y dile a Rosario que no se desanime, que pronto me pondré bien y que todo se arreglará.

Se despidió el criado, prometiendo volver al día siguiente, y se dirigió a la nueva vivienda, de pobre aspecto, aunque iluminada por los ojos de Rosario, que hacía cuanto podía para dar aire de hogar acogedor a aquellas cuatro pobres paredes.

Entró Juanillo despacio, y Rosario, que estaba atareada cosiendo, no le oyó hasta que se le puso delante.

—Hola, Juanillo, ¿cómo está José?

—¡Mejó, mejó!—y el criado fijó la vista en lo que estaba cosiendo Rosario.

A los ojos de aquel hombre le pareció que aquella ropa que cosía su señorita era demasiado pequeña tanto para ella como para José, y de repente se hizo la luz en su cerebro.

—¿Vamos a tener un chaval?

—Sí, Juanillo; pero no digas nada.

—¿Que no diga nada? Hay que decirle en zeguidita, eso le animará.

—Me parece que sería preferible no decirle nada por ahora. Bastante apurado está.

—No, no; vamos pá allá en zeguida.

En su entusiasmo Juanillo corrió a buscar la toquilla de Rosario y la obligó a salir con él para dar la buena nueva a José.

—Ezto te irá más bien que veinte medicinas.

A toda prisa fué la extraña pareja hacia la clínica, sorprendiendo a José en una hora en que no esperaba visita.

El semblante satisfecho de Rosario intrigó mucho a su marido,

ya que las noticias que le había dado Juanillo aquella tarde no eran para que ella se sintiera muy satisfecha.

—¿Qué es lo que ocurre, Rosario?—preguntó ansioso, aunque tranquilo al verla junto a él.

—No quería venir hoy, José, porque tenía mucho que coser; pero Juanillo ha dicho que tú estarías contento de saberlo y a esto hemos venido.

No podía atinar el torero de lo que se trataba y fué necesario que Rosario le abrazara y se lo dijera al oído.

—¿Mi vida! ¿Tú? ¿Es que vamos a tener un hijo?

Rosario se puso a llorar. Por una parte sentía gran alegría y por otra le apenaba ver la situación de José.

—No llores, Rosario, te lo suplico.

—Siento tanta pena al verte así.

—Ya verás cómo me pongo bueno. Espera un poco más y por mi hijo, que será más hermoso que los ángeles del cielo, tú verás como se arregla.

—Así lo creo yo también, José. Estás algo mejor, tienes la cara alegre.

—Es desde que has llegado tú aquí, que Juanillo me ha dejado muy intranquilo. Me ha contado todo lo que te ha sucedido y admiro tu valentía, disimulando para que yo no me enterara de lo que estabas sufriendo.

—Tampoco podías aliviar en nada y no quería que las preocupaciones te pusieran más enfermo.

—¿Te vas ya, Rosario?

—Quisiera quedarme siempre a tu lado, pero es imposible, bastante gasto hay con que tú estés aquí, pero mañana volveré. Ahora que Juanillo te lo ha contado todo y sabes cuál es nuestra situación, ya no tendré que engañarte fingiendo una alegría que no sentía. Ahora será distinto, podremos hablar de nuestro hijo y echar planes para el porvenir.

—Sí, Rosario; así te quiero, animosa y esperanzada.

LOS BUENOS AMIGOS

En el casino de los toreros se comentaba el caso de José Molina y la miseria en que se hallaba sometida su esposa, la un día brillante niña torera, que tanta gloria había conocido.

Había un grupo de viejos toreros hablando y se compadecía a Rosario.

—Pobre muchacha, ¡Me da una pena!

—Mira, allí está Rodrigo rezumando pesos y es incapaz de hacer nada por un compañero.

—¿Ese? Es un avaro, incapaz de pagar el entierro de su abuela.

Si querían o no que les oyera Rodrigo, no se sabe; el caso es que estas últimas palabras llegaron hasta la mesa en que se hallaba el diestro bebiendo.

—Mi cuenta—pidió Rodrigo al camarero.

Una vez que hubo pagado se acercó a la mesa donde había el grupo reunido y, dirigiéndose a todos en general, dijo:

—Tenéis razón en decir que soy un avaro incapaz de pagar el entierro de mi abuela. ¡Aquí van cien pesos para «El Temerario»!, y acompañando las palabras de los hechos, tiró un billete encima la mesa.

—Rodrigo—dijo un viejo torero—, tú bien sabes que no quise ofenderte.

—¡Quita, hombre, ni hablar! Dijiste lo que pensabas.

—Además, yo no puedo hacer nada para José y quería decirte una cosa. El está inválido y Rosario espera un hijo.

Esta última noticia sobresaltó a Rodrigo, que nada sabía. Vista la impresión causada, el viejo Paco continuó relatando un capítulo de penas.

—José tiene todavía para muchos días. Tiene el hueso astillado.

Sentóse Rodrigo ante la mesa y sacó el talonario de cheques

de su bolsillo. Con una pluma estilográfica enfundada en oro que costaba una fortuna, extendió un cheque.

—Toma, Paco, aquí tienes este cheque de mil pesos. Lo cobras, te quedas cien para ti y llevas el resto a Rosario sin decir una sola palabra de donde lo has sacado. Arréglate como quieras, pero no mezcles mi nombre en ello.

—No te apures, Rodrigo, que yo sabré hacerlo.

Al día siguiente por la mañana, mientras Rosario estaba atareada con los trabajos de la casa, la sombra del viejo Paco obscurió la luz de la entrada.

—¡Hola, niña Rosario!

—¡Hola, Paco! No te esperaba por esta casa. No recibimos muchas visitas.

—Ha llegado la buena suerte.

—No te comprendo, Paco; ¿a qué te refieres?

—Nada, unos amigos te mandan una ayuda—y Paco sacó un fajo de billetes que dejó encima la mesa.

—¿Quién manda eso? —Interrumpió Juanillo, que se había presentado al oír la voz de Paco.

—¡Cállate, Juanillo!—ordenó su ama.

—¿Eso es dinero?—preguntó Rosario, sorprendida.

—Sí, sí, lo mandan unos amigos de «El Temerario», y conste que yo he cumplido.

Juanillo adivinó de donde venía el dinero y no pudo contenerse:

—Billetes sin estrenar. Paco es un zilverguenza, niña Rosario; aquí hay gato encerrado.

También atinó Rosario de dónde procedía aquel dinero, y levantándose, indignada, exclamó:

—Dile a Rangel que Rosario todavía tiene manos para trabajar.

—Niña Rosario, no tomes las cosas así; ayer se cobró la corrida y lo mandan los amigos. Hay gastos, hay que pagar la casa, la luz... a lo mejor pensamos cosas que no son ciertas... a lo mejor...

La diplomacia de Paco, aunque de carácter rústico, había

surgido su efecto y convenció a Rosario que aceptara el dinero no por ella, sino por José y el hijo que esperaban.

Apenas había salido Paco de la casa, Juanillo cogió el dinero y se dirigió a la clínica para entregárselo a su amo.

Como de costumbre, José estaba en el jardín pasando tristemente el rato. Ya se le hacía más fácil andar con las muletas, pero las piernas tardaban mucho en recobrar. Se animó al ver entrar a Juanillo más temprano que de costumbre y alegre como un pájaro en primavera.

—¿Qué novedad hay hoy?—preguntó el torero.

—Un recuerdo de los amigos.

—¿Amigos? No recuerdo tener ninguno.

—Puez los amigos se han acordado de usted y le han mandado mil pesos.

—¿Qué dices?

—¡Aquí está el dinero!—y con aire magnánimo, Juanillo hizo entrega del fajo de billetes a su amo.

Pasados los primeros momentos de sorpresa, José tomó una determinación:

—Mira, Juanillo, voy a pagar lo que debo en la clínica y nos iremos a casa. Aquí nunca me pondré mejor.

Se puso en pie, cogió las dos muletas y con la ayuda de éstas entró en la clínica para hacer las diligencias necesarias y marchar hacia su casa.

El camino fué un poco difícil porque le resultaba fatigoso, pero al fin José cruzó el umbral de su nuevo y pobre hogar.

—¡Rosario! ¡Aquí me tienes para toda la vida!

Se levantó ella de su asiento, ansiosa y sorprendida, y corrió a abrazarle.

—¡José! ¡Qué feliz me haces!

—¿Te gusta que haya venido?

Rosario no pudo contestar. Las lágrimas producidas por la emoción la privaban de hablar y palideció sensiblemente.

—¿Te encuentras mal, Rosario?—preguntó José, asustado.

—No, no es nada—dijo ella con gran fatiga—, me siento desfallecer.

Apenas había pronunciado estas palabras, cayó desmayada en brazos de José. Este, aturdido, no sabía qué hacer porque él mismo no podía sostenerse por sus propias fuerzas.

—¡Juanillo, corre, se ha desmayado!

Siempre se encontraba Juanillo en el sitio y momento oportuno, y con el mayor cuidado cogió a Rosario en brazos y la depositó encima la cama. Los dos hombres se miraban asustados.

—Habrá que ir en busca de un doctor—dijo José.

—¡Claro! Nozotroz no podemos hacer ná—exclamó Juanillo, y salió disparado hacia la calle.

Había llegado el feliz momento en que Rosario tendría que dar á luz y todavía José no se encontraba en situación de hacer frente a las necesidades de su hogar, y mucho menos ahora con el nacimiento del hijo. Los pesos que había recibido de sus amigos le habían servido para abonar el resto de sus gastos en la clínica y lo que quedaba era bien poca cosa. Estos pensamientos atormentaban al inválido torero, que no veía una solución a sus apuros.

Regresó Juanillo con un doctor, y después de un buen rato de angustia, José supo que era padre de una hermosa niña.

Los padres de la chiquilla sintieron una alegría inmensa; pero la estrechez con que esta pobre criatura había venido al mundo amargaba su gozo. Los cuidados a que se tuvo que someter a Rosario y el gasto de la casa agotaron todos los fondos, siendo necesario tomar una resolución heroica.

José no poseía nada más de valor que su famoso terno amarillo, y muy a pesar suyo se tendría que vender o empeñar. Una vez más era Juanillo, cuya fidelidad no tenía límite, quien hacía un ato y se echaba a la calle para sacar unos cuantos pesos de aquel hermoso traje de luces que tantas veces había brillado en la plaza de «El Toreo» cuando lo llevaba «El Temerario» los días de gran corrida.

Rosario continuaba todavía en cama y eran los dos hombres quienes llevaban todo este giro.

Mientras tanto Rodrigo Rangel, que seguía interesándose por

la triste suerte de los que consideraba sus amigos, había telefonado a casa del doctor.

—¿Asiste usted a la señora de Molina? Le habla Rodrigo Rangef...

—¡Ah! Sí. Sigue bien, muy bien. Tuvo una niña.

—¿Una niña? Lo celebró; gracias, doctor.

La noticia había alegrado a Rodrigo; pero, ¿cómo vivirían esos tres ahora sin ningún ingreso? Rodrigo era un excelente muchacho con un corazón de oro, y la situación de José y Rosario le tenía realmente preocupado. Sabía que era inútil acercarse a su compañero porque rechazaría cualquier ofrecimiento que le hiciera y mucho menos podía decir nada a Rosario.

Con estas ideas en la cabeza subió en su soberbio auto de cuarenta caballos, tirando hacia las afueras sin rumbo determinado.

Juanillo con el paquete debajo el brazo iba meditando en qué casa de empeños entraría para ofrecer el terno amarillo y por fin se decidió por el que era más judío de todos los prestamistas de la ciudad.

—¡Buenas tardes!

Acostumbrado a ver entrar gentes con paquetes, el judío no acostumbraba a devolver el saludo porque sabía demasiado bien a lo que iban allí.

—¿Es que está sordo? ¡Buenas tardes!

—¿Qué traes?

—Una joya...

—Anda, abre el paquete, que no tengo el tiempo para perderlo.

—Ni yo tampoco.

Con mucho cuidado desató Juanillo los nudos del pañuelo que contenía el hermoso terno y mostró toda su belleza a los ojos desconfiados del ropavajero. Este le dió vuelta sin el más mínimo respeto y a cada tirón que daba a las borlitas doradas le parecía a Juanillo que le arrancaban a él jirones de piel.

No parecía tener tanta prisa como había dicho el comerciante

y después de mucho mirar y haberse asegurado que el traje estaba en muy buen estado, preguntó:

—¿De dónde lo has sacado?

No quería Juanillo denunciar al propietario de aquella joya, pero de callarlo, se exponía a que temieran lo hubiese robado y no tuvo más remedio que dar el nombre de su propietario.

—Es el terno amarillo de «El Temerario».

—¿Quiere venderlo?

—Sí, está un poco necesitado y por ahora no puede tórear.

Volvió el comerciante a examinar la prenda y luego de mucho cavilar le puso precio. Miró a Juanillo por encima de las gafas y dijo:

—Puedo dar ciento cincuenta pesos por ello.

—¿Ciento cincuenta pezo?—y por poco se desmaya Juanillo—. ¡Ciento cincuenta pezo por el terno amarillo de «El Temerario», que ha oído la ovacionez más enormez del mundo!

—Ni un centavo más.

Juanillo tuvo un rasgo de genio y no quiso que aquel ave de rapiña se lucrara con el mejor terno de su amo. Cogió el traje. Extendió el pañuelo sobre el mostrador e hizo el paquete de nuevo. Ciego de ira dijo al viejo:

—¡Oiga, compare, será mejó que con eso cien pezo se compre bicarbonato—y sin aguardar a que le contestara salió de la tienda orgullosamente.

En aquel momento acertaba a pasar por allí Rodrigo en su coche y vió que Juanillo salía de la casa de empeños. Paró el auto y le llamó.

—¿Adónde vas, Juanillo?

—A ninguna parte, Rodrigo, he zalido a dar un pazeo.

—¿Con este paquete?

—¡Oh, no es nada!

Era inútil preguntar, porque sobradamente adivinaba Rodrigo de donde venía y a lo que había ido Juanillo.

—¿No quieres venir conmigo a dar una vuelta, Juanillo?

—No zé, tengo un poco que hacer.



—Y pensar que esa muchachita va a ser mi esposa!



...
...
Rosario...



—¿Lo vas de la fiesta, Rosario?— a no daba el triunfo de esta tarde



La joven torera muleta
jaba la capa haciendo lo
que quería con el toro.



— Risario, ¡dime la ver-
dad!



José Malina «El Tem-
tation»



—No, José, es mejor terminar ahora que todavía estamos a tiempo.



Los amigos de Rodrigo ofrecen también sus consejos para que no se pusiera nervioso.



—Mi vida ¿Es que vamos a tener un hijo?



—Puedo dar ciento cincuenta pesos por ello.



Continuaba Rosario en cama, más aliviada, pero no podía levantarse ni llevar vida normal.



—¿Adónde vas, Juanillo?



Antes de salir a la plaza
resaba a la viquesa de Qua-
dalupe...



—¿? hágase cargo de
esa (pequeña que también
será tobera.



A la hora exacta estovieron alineados los tres ferromenos.



José seguía atento con la vista en Rodrigo, al que veía divagar.

—No te detendré mucho y en coche iremos más aprisa. Sube, hombre.

Vacilaba Juanillo tanto más cuanto observaba las miradas que Rodrigo daba a su paquete. Se decidió al fin y subió al auto, sentándose al lado del rico torero. ¡Pensar que su amo podría disfrutar de la misma suerte!

—Estás muy callado, Juanillo.

—No; me parece que estaba hablando.

—¿Qué dices a una taza de café?

—Zí uzté ze empeña.

Dió Rodrigo vuelta al coche y se dirigió al primer restaurante que les vino al paso. Juanillo no abandonaba el paquete.

Se sentaron ante un velador y el camarero se acercó a ellos.

—Dos cafés—pidió Rodrigo.

—Y doz huevos—agregó Juanillo, que desde tiempo estaba sujeto a un régimen bastante duro en casa de José.

—¿Qué llevas en este paquete, Juanillo?—preguntó, decidido, el torero, pillando descuidado al criado.

—Er terno amarillo de mi amo.

—¿Y lo andas empeñando?

—No, no; tenemos de todo, no nos falta ná...

—Juanillo, no gastes embustes conmigo y dime la verdad.

Era un poco difícil aquella situación para el pobre criado. El sabía la antipatía que José sentía por Rodrigo y tampoco Rosario quería saber nada del que había sido su novio. Por otra parte, recordaba la miseria de aquella casa... y tal vez Rodrigo no era malo. No lo quiso pensar más y resolvió contarle la verdadera situación en que se hallaban. Este podría ayudarles.

—Estoy en trance de empeñarlo, Rodrigo.

—Me lo suponía.

—Zí, nació la pequeña...

—¿Tan apurados están?—preguntó consternado el torero.

—Mucho. Rosario lleva cuarenta días en cama.

—¡Pobre muchacha!

—José no puede andar todavía zin las muletas. Ni pensar en torear.

—¡Qué calamidad, pobres!

—Luego tenemos la chavalilla.

—¿Es feliz José?

—No le gusta la hembrilla... hubiese querido un varón y ez una preciosidad, zorrozada como pétalo de rosa.

Rodrigo escuchaba consternado las explicaciones de Juanillo y sentía en el alma las calamidades que sufrían aquellos tres seres a los que no guardaba ningún rencor y más bien les quería.

—Oye, Juanillo, dejame a mí el ternio y yo te prestaré dinero por él.

—No sé qué hacía.

—Lo que te digo, hombre. No podéis vivir los cuatro de nada. No es necesario que se lo digas. Supondrán que los has vendido y te lo han pagado bien.

Decidido a ello, Rodrigo sacó de su bolsillo el talonario de cheques y extendió uno de mil pesos y lo entregó al criado.

—Cobra tú esta cantidad y cuando la termines vienes a pedirme más. No puedo consentir que os muráis de hambre pudiéndolo yo remediar. No conviene que digas que yo te lo he dado, de lo contrario todo se echaría a perder.

—Grazia, grazia, Rodrigo, ez uzté muy diferente de lo que le creía.

—Nada, hombre, ya sabes donde me puedes encontrar cuando estéis demasiado apurados.

UNA RESOLUCION FATAL

Continuaba Rosario en cama; más aliviada, pero no todavía en disposición de levantarse y llevar vida normal. José le hacía compañía durante todo el día porque continuaba preso de las muletas y con poco ánimo para recuperar las fuerzas perdidas. No era el ambiente de aquella casa muy apropiado para animar al

inválido y se pasaba horas enteras sin decir una palabra. Tal como había dicho Juanillo a Rangel, le había contrariado el nacimiento de la niña porque esperaba un varón y todo contribuía a mantenerle taciturno. Rosario procuraba animarle y rara vez lo conseguía.

—Oye, José, ¿por qué no vas a visitar a tus amigos empresarios?

—Amigos lo eran entonces, ahora nadie quiere saber nada con «El Temerario».

—Creo que estás en un error. Pronto estarás bien y podrás volver a torrear, no debes llevar esta vida tan apartada de todos los tuyos.

—Pero ¿qué quieres que vaya a decirles?

—Dar señales de vida, no crean que ya no existes.

—Si así lo quieres, iré, aunque me caiga la cara de vergüenza.

—Conviene que vayas, José, créeme.

Se levantó él de la butaca donde estaba sentado y apoyándose en las muletas, se dirigió a casa del empresario don Pedro.

—¡Hola, José! No te esperaba, ya me han dicho que estás mejor.

—Sí, don Pedro, voy mejorando... pero estoy pasando una temporada muy mala.

—¿De veras?

—La verdad es que me muero de hambre... Desde que nació la niña, Rosario está en cama y hemos agotado todos los recursos.

El empresario escuchaba las lamentaciones de José muy cariacontecido porque temía cómo iba a acabar aquello; pidiéndole dinero.

—Estoy bastante fuerte, don Pedro, y creo que pronto podré volver a torrear.

Miró don Pedro las piernas de «El Temerario» y le pareció que se equivocaba; pero no era cuestión de contrariarle. José se levantó para demostrarle que se podía tener en pie sin necesidad de las muletas y fué con un gran esfuerzo que evitó el caerse.

—No te fatigues, José; hay que andar poco a poco, ya te repondrás.

Mientras torero y empresario así platicaban entró Rodrigo en la sala.

—¡Oh! No sabía que estuvieras aquí, José, y me alegro de encontrarte.

«El Temerario» no contestó.

—Déjenos solos, don Pedro—dijo Rodrigo—. José y yo hemos de hablar.

Salió el empresario de la estancia, y el torero enfermo miró extrañado al que consideraba su enemigo.

—José, tú te has empeñado en creer que soy tu enemigo y estás en un error.

—Hablas así porque te inspiro lástima.

—Te aseguro que no.

—Me perseguiste, me has atacado, persigues a mi mujer—dijo indignado José.

—¿Es posible que puedas decir semejantes locuras? ¿Dónde me has visto?

—¿Qué vas a decir tú! Siempre me has odiado.

—Esto son quimeras tuyas.

—Se muy bien lo que me digo.

—José, estás injusto conmigo y te lo voy a demostrar. ¡Don Pedro! Venga acá.

Acudió presuroso el empresario, que había oído los gritos de los dos toreros, dispuesto a intervenir para que hicieran las paces.

—¿Quién fué que le aconsejó a usted que le diera la alternativa, don Pedro?

—Tú, Rodrigo.

—¿Quién fué el que pidió el mano a mano?

—Tú, Rodrigo.

—¿Lo oyes? Pero tú no tienes corazón ni sentidos; no quieres a Rosario ni quieres a tu hija, a la que ni siquiera has dado un beso, porque no es un varón.

José Molina estaba abatido ante la furia de Rodrigo y no sabía qué contestar.

—Dele fecha, don Pedro; dentro de un mes podrá torear y así se convencerá de que a mí no me importa que, toree; al con-

trario, estoy deseando verle de nuevo en pie. ¡No conozco la envidia ni el rencor!

Salió Rodrigo de la sala sin decir una palabra más y dejando a José y a don Pedro consternados.

—Te daré unas fechas y espero que para entonces estarás bien del todo.

No había esperado José al salir de su casa que sostendría semejante entrevista con Rodrigo y mucho menos que obtendría dos fechas no muy lejanas para torear. No estaba tan desanimado como cuando había salido a la calle, pero tampoco regresaba a ella satisfecho. Las palabras de su compañero le habían herido en lo más profundo de su corazón y le costaría trabajo olvidarlas. Muy lentamente iba recorriendo el camino, pues nunca adquiriría práctica con las muletas.

Juanillo había regresado a la casa sin el terno y habiendo cobrado el cheque en el banco. Este no podía ocultar su satisfacción y Rosario le interrogó con la mirada.

—He vendido el terno.

—¿Te lo han pagado bien?

—Zi, zi,—y empezó a contar billetes.

—Juanillo, ¿qué has hecho?

—¿Estamoz zoloz?

—Sí, José ha ido a visitar a don Pedro.

Miraba receloso el criado por temor a que no apareciera su amo de repente, pues aun cuando Rodrigo no quería que dijera quién le había dado el dinero, pensó que sería mejor que Rosario se enterara de ello.

—Habla, Juanillo, ¿a qué tanto misterio?

—He visto a Rodrigo.

—¿Dónde?

—Le encontré casualmente, en la calle.

—¿No le habrás ido a encontrar?

—Le prometo por la Virgencita de Guadalupe, que le he encontrado en la calle.

No quiso preguntar nada más Rosario y aguardó a que Juanillo dijera lo que le bullía en la cabeza.

—E un buen hombre ese Rodrigo...

Absorta Rosario en lo que decía Juanillo y éste preocupado con todo lo ocurrido, no oyeron que se abría la puerta y alguien entraba, y éste sí que oyó perfectamente el nombre del que insistía en tener por rival. Cautelosamente se colocó donde no le pudieran ver, y él oír la conversación de su mujer y el criado.

—Me preguntó por usted.

Continuaba Rosario con la cabeza baja, temiendo a cada palabra que Juanillo no viniera con una extraña embajada.

—También preguntó por la chavalilla.

—¡Pobre hija mía!

—Ze enteró de que iba a vender el termo amarillo y me presté dinero por él. Me dijo que debía usted ponerse buena pronto.

Cada palabra que pronunciaba Juanillo caía como un martillazo sobre el corazón de José y convencido de que jamás podría mirar a su mujer cara a cara, salió de aquella casa con el mismo silencio que había entrado resuelto a no volver jamás.

ABANDONADA

Pasaban las horas y José no regresaba a su casa. Ansiosa Rosario por su tardanza, hizo salir a Juanillo en su busca.

—Le dije que fuese a visitar a los empresarios y al principio se negaba a ello. Dijo que la cara se le caería de vergüenza, pero creí haberle convencido al fin y no comprendo dónde debe estar.

—Voy a ver si le encuentro—dijo el fiel Juanillo.

Era muy entrada la noche cuando regresó el criado a la casa para decir a Rosario que en ninguna parte habían sabido darle razón de su esposo.

—Estuvo en casa de don Pedro, pero de allí salió muy temprano y pareció estar contento. Le había dado fecha para dos corridas.

—¿Es posible? Estando inválido todavía... ¡Qué bueno es don Pedro!

Aquellas horas se convirtieron en días, los días en semanas y las semanas en meses. No había sido posible averiguar el paradero de José Rosario, ya repuesta de sus dolencias, estaba más fuerte, pero no podía consolarse del abandono en que la había dejado su marido.

¿Qué motivos podía tener José para dejarla en aquella forma? Esta era la pregunta que Rosario se formulaba constantemente y no hallaba contestación a ella. Es verdad que Rosario le había instado a que saliera a visitar a los empresarios, y aunque en principio pareció que no era de su agrado salir a mostrarse en tan triste estado, había accedido a ello sin dar señales de disgusto. Después, ¿qué había ocurrido? El misterio más impenetrable rodeaba su marcha y nadie sabía dar razón del torero enfermo.

La situación no podía ser más triste para la pobre mujer, que quería consolarse con su hijita, pero cada vez que la miraba asomaban las lágrimas a sus ojos pensando en que su padre no se había acordado de ella y la había dejado.

Juanillo era el único con quien Rosario compartía sus penas y él se desvivía para atenderla, en cuya buena acción le ayudaba secretamente Rodrigo Rangel.

Cuando llegaba la noche y la pequeña ya estaba acostada, Rosario se quedaba un rato hablando con Juanillo.

—¿No has visto a nadie que te pudiera dar alguna noticia, Juanillo?

—No, niña Rosario; parece que se lo ha tragado la tierra.

—Parece increíble que pueda vivir sin ver a su hija.

—Lo más monstruoso es que pueda vivir sin ver a niña Rosario... er que tanto la quería...

—Se lo imaginaba, Juanillo; es un hombre orgulloso, y ahora, al verse inválido, ha querido desaparecer y no se ha preocupado de mí ni de su hija.

—No es malo.

—¡No digo que lo sea, pero me hace sufrir tanto!

Rosario escondía la cara en sus manos como para borrar todo

cuanto tenía delante y pensar en los primeros días de su boda en que fué tan feliz.

—No te acongoje, niña Rosario; José volverá, sí que volverá.

—Gracias, Juanillo; no sé qué haría sin ti.

—Uno hace lo que buianamente pué y no más—respondía humildemente aquel pedazo de buen hombre, siempre a la brecha para evitar que se desmoronase el triste hogar.

En su interior seguía teniendo fe en José y estaba seguro de que algún día volvería y podría dar una explicación de sus actos que ahora aparecían tan inexplicables.

Rodrigo le veía muy a menudo y se interesaba mucho por Rosario.

—¿Ninguna noticia de José?—preguntó Rodrigo.

—No dejó huella, nadie sabe ná.

—¿Cómo está Rosario?

—De zalú, mejó; pero ánimo, ni hablar.

—Con razón.

—Con poca razón; debería diztraerze, ezo ez lo que yo le aconsejo.

Quedó pensativo el torero por un instante, y luego preguntó:

—Oye, Juanillo, ¿te parece que cometería una locura si intentara ver a Rosario?

—Una locura no, ze conozen; puede ir a verla.

—Mira, seguramente que iré mañana por la tarde. Tú no digas nada, sólo procura estar en la casa, ¿entiendes?

—Sí, eztaré allí para cuando venga.

Cuando Juanillo llegó a casa quería disimular tanto que Rosario conoció en seguida que algo le pesaba en la imaginación. La esperanza que fuese algo relacionado con José hizo que le interrogara.

—¿Alguna noticia del ausente?

—¿Del ausente? No, del prezente.

—Juanillo, ¿cómo puedes gastar bromas? Sabes lo que sufro.

—Perdone, niña Rosario; no atiné.

Ya vió Rosario que no se trataba de nada de su marido y todo

lo demás que pudiera acontecer a Juanillo poco le interesaba a ella.

Al día siguiente observó Rosario que Juanillo arreglaba muy bien la pobre casa y también a la niña, pero no le hizo ningún caso.

Serían las cinco de la tarde cuando Rosario oyó que paraba un coche ante su casita.

—¿Visitas aquí?—dijo—. Se habrán equivocado.

Juanillo permanecía de espaldas para no traicionarse. Una llamada rápida a la puerta con los nudillos hizo correr a Juanillo a abrirla.

Rodrigo Rangel entró en la habitación.

—¡Ez San Lui Gonzaga vestido de cachemir inglés!—exclamó Juanillo.

—¡Hola, Rosario!—dijo el torero—. ¿Supongo que no te molesta que haya venido a verte? Conozco tu situación y sé que José se ha marchado.

Rosario sólo pensaba en cuál sería el motivo que habría llevado a Rodrigo a su casa y se encerró en una gran reserva.

—Sí, Rodrigo, lo que ha ocurrido puede saberlo todo el mundo; pero yo soy la primera que no me lo explico.

Miraba Rodrigo, aunque disimuladamente, el aspecto de aquella casa, extremadamente pobre, y se le hacía difícil encontrar tema de qué hablar.

Juanillo, como gran diplomático que era, salió con la niña en brazos.

—Mire la reina de la caza...

—¡Qué preciosidad! Se parece a ti, Rosario.

—Y a su padre.

—Es muy natural que se parezca a los dos. ¡Angelito!

Una nueva pausa en la conversación con la excusa de observar a la pequeña haciendo monadas. Finalmente Rodrigo se decidió a hablar.

—Quisiera decirte una cosa, Rosario...

—Siempre que no sea algo que tenga que trastornarme.

—No lo creo. ¿Por qué no vuelves a torear?

La sorpresa se pintó en el semblante de Rosario. No esperaba aquella salida.

—Tú toreabas antes por pura afición y lo hacías maravillosamente. Empréndelo ahora como oficio y salva tu casa de la ruina. No te faltarian contratos. Te retiraste en pleno triunfo.

El semblante de Rosario se había animado a pesar suyo, pero pronto volvió a sumirse en la tristeza.

—Ni pensar en esto, Rodrigo. He estado enferma, no tengo humor y estoy desentrenada.

—Esto que dices es una tontería, volverías a entrenarte inmediatamente, un poco de voluntad es suficiente.

—No insistas, Rodrigo. Hay cosas que pasan una sola vez en la vida. Mi carrera terminó al casarme y no puedo pensar en reemprenderla para lo cual se necesita una excelente salud y pocos quebraderos de cabeza.

—Rosario, no he venido aquí a decirte vuelve a torear para que te vayas mañana a casa de don Pedro y le pidas que te dé fechas. He contado siempre con que estarías desentrenada y mi ofrecimiento es que vengas a mi finca a entrenarte, que venga también tu niña y el fiel Juanillo. Verás qué pronto recobras tu maestría y puedes volver a ganar todo el dinero que necesites. Por otra parte, en el campo, la pequeña se pondría como un pimpollo.

El plan que pintaba Rodrigo era un poco tentador y ofrecía la oportunidad de poder vivir holgadamente. Pero había pasado tantas penas en tan poco tiempo que a Rosario le parecía imposible poder salir del atolladero en que se hallaba.

—Piénsalo, Rosario, y ya me dirás lo que decidas.

—Es que no tengo punto de partida, Rodrigo, y no quisiera contraer deudas.

—Todas las deudas que puedas contraer las pagarás sobradamente con una corrida; y estoy seguro de que torearás muchas. Medítalo, Rosario.

—No tendré humor, ni entusiasmo.

—Te equivocas. Cuando de nuevo te veas con la capa en la mano y el bruto que se acerca, toda la sangre torera que corre

por tus venas, como todos sabemos, hervirá de nuevo y torearás mejor que antes.

Las palabras de Rodrigo habían entusiasmado a Juanillo y esperaba ansioso la respuesta de su ama.

—¿Tendré la misma suerte?—dijo Rosario, como si hablara consigo misma.

—Más todavía. Tu nombre hará acudir la gente a la plaza y cuando oigas los aplausos volverás a ser feliz como eras.

—¿Por qué hablar de felicidad, Rodrigo? Nunca más lo seré si José no vuelve a mi lado.

Callóse Rodrigo porque no quería hablar de José, pues le creía indigno de ella; pero como que por las palabras que acababa de pronunciar bien se veía que todavía le quería, hubiese sido una falta de tacto tan sólo mencionar su nombre.

—¿Aceptas mi idea, Rosario?

—No sé qué hacer, Rodrigo.

—Mi finca está a tu disposición y creo que en poco tiempo puedes disponer la marcha. Piensa en tu hijita. Te debes a ella y has de procurar que no le falte nada.

—Acepto, Rodrigo. Iré a entrenarme en tu finca y volveré a torear si es que encuentro un empresario que sea lo suficiente valiente para contratarme.

—Así me gusta verte, animada, como eras antes.

RECORDANDO TRIUNFOS PASADOS

Decidida Rosario a reanudar su carrera en la plaza, pensó que lo mejor era marchar en seguida para comprobar si su entusiasmo renacía al encontrarse ante el toro, y como que su equipaje era muy reducido, poco tiempo empleó en arreglarlo. Con su hija y Juanillo marcharon a la finca de Rodrigo, donde había ganado y tendría facilidad para ponerse de nuevo en contacto con los toros.

El solo hecho de haber salido de la sórdida casita en que había conocido tantas penas, ya animó el semblante de Rosario, aunque en el corazón llevaba el mismo peso que le proporcionaba el no saber nada de José.

La vida en el campo reanimó mucho la salud un poco quebrantada de la joven, mientras su niña presentaba un aspecto que bien podía atribuirse al nuevo ambiente en que vivía y más feliz que todos ellos Juanillo, otra vez entre su elemento.

Era por las mañanas cuando Rosario solía entrenarse, sin más público que Rodrigo y Juanillo, amén de los mozos. Pases, medios pases, naturales, derechazos y molinetes eran aplaudidos y jaleados por Juanillo, sentado sobre el portillo de madera que cerraba el campo. ¡Qué felicidad la suya al observar a Rosario! Porque él, al verla ahora entrenándose, ya la veía de nuevo en la plaza cortando orejas y dando la vuelta al ruedo.

—¡Ole fenómeno de la tauromaquia! —gritaba, entusiasmado—. Lo que te hubiese perdido el toro...

—No grites, Juanillo, que me distraes.

—Pue en la plaza no va a callar la gente cuando vea eso pazes, mi niña.

—No estamos en la plaza todavía.

—Pero vamoz a ir a ella y prontito, antez de lo que zuponían muchoz.

—Tiene razón Rosario, no debes interrumpir, Juanillo, con tu charla—observó Rodrigo, que estaba distraendo al toro con la capa.

—Me parece que ya hay bastante por hoy—dijo Rosario.

—Como tú quieras. Si es que estás fatigada, basta; y mañana a empezar de nuevo. Te has recuperado en seguida. Nadie diría que has estado más de un año sin torear ni pisar plaza.

—Y con todos mis disgustos.

—¡Bah! Esto debe olvidarse. No vas a pasar toda la vida lamentándote.

—No quisiera, pero la herida es profunda.

La discreción de Rodrigo era mucha y procuró él mismo variar la conversación para no ofender a Rosario.

- ¿Has visto lo hermosa que está la pequeña?
—Sí, angelito, le hacía falta el aire de la montaña.
—Sentirá tener que regresar a Méjico.
—Tiene que seguir a su mamá.

En una hermosa finca y en un plantío de árboles frutales había un hombre joven, vestido de charro, sentado a la sombra, cantando sus pesares.

Había empezado a cantar en voz muy baja y poco a poco iba subiendo de tono. Era evidente que el cantor ponía toda su alma en la canción, dejando que cada nota cayera como una lágrima.

No me recuerdes

Vaya que corazón...
No me recuerdes
aquel amor, que nunca
volverá...
Yo no tengo más amor
con que pensar...
Por jugar una vez
salí perdiendo.
¡Qué duro es apostar
contra la suerte!
Y jugar y perder
el corazón...

Un hombre de mediana edad, fuerte todavía, estuvo escuchando la canción, y cuando la entendió terminada, se acercó al joven.

—José, manzurrón, ¿qué haces aquí tendido? Debías arreglar los árboles.

—Poco humor me queda para nada — contestó el triste cantor.

- No vas a reanimarte mucho cantando esas trovas.
—Me encuentro que las estoy cantando sin darme cuenta.
—No conduce esto a nada.

—Tú no sabes cómo la quiero. Ella gustaba de oírme cantar y no sé por qué se me imagina que cada vez que canto, ella me oye.

—No será fácil.

—Es difícil que el que no quiere se haga cargo de estas cosas.

—Oye, José, por todo lo que me han contado, te marchaste de tu casa por un puro antojo, sin saber nada, sin pedir una explicación. Vienes y te escondes en este rincón de montaña. Te acojo con gusto, pero no puedo darte la razón. Debiste decir algo a tu mujer antes de abandonarla como hiciste.

Escuchaba José Molina el sermón con la cabeza gacha. ¡Se había arrepentido tantas veces de su marcha! Pero ahora ya era tarde. ¿Qué pensaría de él Rosario?

—¿Qué haces ahora aquí? pregunto yo — decía el tío de José — Con lo torero que tú eres estar perdiendo el tiempo aquí.

—Un día fui torero.

—Y lo volverás a ser, la tauromaquia no es como el plano, es mucho más agradecida.

Sonrió José ante la definición de las virtudes del arte del torero y observó que su tío llevaba un periódico en el bolsillo.

—¿Es el diario de hoy?

—Sí.

—Déjame leerlo.

Hizo el buen señor un movimiento extraño, como no queriendo darselo dar y al fin accedió.

—¿Trae alguna mala noticia?

—Mala no; pero te sorprenderá.

Abrió José el diario, en la primera plana del cual aparecía la noticia de que Rosario volvería a torrear.

Sorpresa grande fué la que recibió José en aquel momento. No esperaba semejante noticia y no obstante comprendía que Rosario hubiese tomado aquella resolución ante su comportamiento.

—Mis piernas han sanado y la vida se pasa sin yo hacer nada.

—¿Por qué no vas a reunirte con ella?

—Ahora Rosario no me querrá, soy un fracasado.

—Lo eres porque quieres, ya te he dicho que puedes volver

a torear. No puedes continuar siempre aquí. No es vida para un hombre de tus condiciones.

—No sé qué hacer.

—Renueva tus laureles... ve a buscarla.

José Molina se puso en pie y parecía otro hombre.

—¡He de triunfar!—exclamó, decidido.

—Te llevaré a mi hacienda y allí podrás torear un poco antes de volver a la plaza. ¿Estás decidido?

—¡Lo estoy!

Al día siguiente partían José Molina y su tío para instalarse en una finca ganadera que poseía este último, donde «El Temerario» volvió a hacer honor a su nombre.

Mientras tanto Rosario, convertida de nuevo en gran tórrera, se preparaba ya para ir a Méjico y visitar a los empresarios, dándoles cuenta de su resolución de volver a torear.

Una tarde, mientras regresaban hacia la finca, Rodrigo andaba con tanta lentitud que Rosario no pudo menos que notarlo.

—¿Tan cansado estás?

—No es fatiga, Rosario; quisiera decirte algo.

Temió ella lo que se aproximaba, pero no dijo nada.

—Rosario, ¿sigues todavía queriendo a José?

Como que la pregunta había sido franca, ella correspondió con la misma franqueza.

—Sí, y le querré siempre. Ha sido mi único cariño y es el padre de mi hija. No puedo olvidarle.

—¿Entonces?

—Vamos a seguir como hasta ahora, Rodrigo. No eches a perder nuestra buena amistad.

Continuaron andando silenciosamente hasta llegar a la finca, donde hallaron a Juanillo jugando con la pequeña, al que daba mucho que hacer.

—Mira, zol, ahí está tu mare...

—Hijita mía—exclamó Rosario, cogiendo a la pequeña en brazos.

—Hemos toreado un buen rato con la niña; no quería estar quieta.

—Me echaba de menos, encanto, amor mío. ¡Si no fuera por ti!

Rodrigo se había retirado a sus habitaciones, creyendo que era preferible no volver a hablar con Rosario aquella noche después de lo que había manifestado. Ahora lo interesante sería buscarle contratos y él daría por bien empleado cuanto había hecho.

En la hacienda del tío de José éste era el héroe de todos los mozos, que se quedaban entusiasmados al verle hacer filigranas con la capa y el estoque.

—Toreas mejor que antes—le decía su tío entusiasmado—. Mas estado perdiendo un tiempo precioso.

—No; ha sido mejor así. Sin tener las piernas fuertes era inútil intentar nada.

Por la noche los mozos tomaban sus guitarras, cantaban sonolientas serenatas y desde que José formaba parte de los huéspedes de la casa, invariablemente figuraba en su repertorio esta canción:

TOMA BONITO, TOMA

Todos preguntan por él,
por ese toro bonito.
Toma, bonito, toma.
Pues si no te voy a ver,
Al torero que le lidie
Nadie más le ha de tocar.
Toma, bonito, toma.
Toro bonito...

No fueron necesarias muchas semanas de entrenamiento para José Molina, y como ya había corrido la voz de que se preparaba para volver a torear, fueron los empresarios quienes le solicitaron antes de que él acudiera a solicitar fechas para torear.

Por su parte Rosario también se había lanzado al ruedo y escuchaba aplausos en la plaza de Chihuahua, en la de Ciudad

Juárez, en Monterrey, y así iba recorriendo en triunfo todos los cosos mejicanos.

El hotel donde se hospedaba Rosario en Monterrey se hallaba repleto de gente que había acudido a la población para verla torrear de nuevo. Ella aceptaba el triunfo como cosa natural, pero no sentía la alegría y entusiasmo de los primeros tiempos de su carrera.

Cuando regresó de la plaza fué rodeada por sus amigos, quienes brindaron a su salud.

—¡Por el éxito de Rosario!—exclamó un entusiasta levantando la copa.

—Gracias—contestó Rosario sonriendo y cogiendo a la pequeña de los brazos de Juanillo.

—Zi, hágaze cargo de esa pequeña, que también será torera. Abrazó Rosario a su hijita y se sentó en el patio, donde vinieron a saludarla muchos admiradores.

Rodrigo andaba arriba y abajo con cierta nerviosidad, y cuando se hubo despejado el ambiente, se acercó a ella y le dijo que tenía una noticia.

—¿Una noticia? ¿De qué se trata?

—Toma, lee.

Era un diario de la tarde, que publicaba a toda plana el último triunfo de «El Temerario» en ciudad de Méjico.

Temblándole un poco las manos que sujetaban el diario y temblándole todavía más la voz, Rosario leyó:

«Reaparece «El Temerario» y triunfa.

Cuando ya todo hacía creer que había desaparecido del ruedo para siempre, ayer volvió a la plaza de San Juan, José Molina «El Temerario», completamente repuesto de sus heridas, para torrear como nunca lo había hecho antes. Su primer toro, fuerte y con leña en la cabeza, fué recibido por José con dos lances de rodillas y tres verónicas en pie. Sobresalió en los pases y, animado por la música, llevó a cabo la siguiente faena: Seis medios pases, tres naturales, dos de derecha, dos molinetes, valiente prólogo de un so-

berbio volapié que hizo dar vuelta al astado sin puntilla. Música, oreja y vuelta al ruedo. El entusiasmo de la plaza ante la reaparición de «El Temerario», oscurece todos los éxitos de estos últimos tiempos.»

Acabó de leer Rosario y devolvió el diario a Rodrigo sin pronunciar una sola palabra. La situación no podía ser más violenta. Rosario toreando acompañada de Rodrigo, el rival de José, y éste triunfando solo por otro lado. Las apariencias estaban todas contra Rosario, aunque la realidad fuese muy otra.

En todos los lugares donde se reunía gente del arte de torear no se hablaba de otra cosa, y los nombres de los tres iban mezclados en las más extraordinarias conjeturas y las más bajas suposiciones.

—¿Qué piensas hacer, Rosario? —preguntó Rodrigo, viendo que ella permanecía silenciosa.

—Mi corazón me dice que vaya a buscarle; pero como ha estado tanto tiempo sin decirme nada y, aunque ahora, por los diarios, puede saber donde me encuentro constantemente, tampoco me escribe. ¿Por qué no me manda decir algo?

Los hermosos ojos de Rosario interrogaron a Rodrigo llenos de amargura y para él, que seguía queriéndola tanto, le era muy difícil contestarle. Era por demás violento tener que hacerle comprender que su situación, ahora, ante José Molina, era falsa. Esto, bien era verdad que la había abandonado sin motivo ni razón alguna, pero ahora ella se la daba al torear siempre en compañía de Rodrigo.

Que no había habido nada entre ellos que tuviera que avergonzarles bien era verdad y podían jurarlo ante la imagen de la Virgen de Guadalupe, a la que ambos veneraban, pero el mundo no puede saber todas estas cosas y juzga muchas veces por las apariencias y éstas estaban en contra de Rosario. Rodrigo se decidió a hablar.

—Rosario, creo comprender que José está resentido contigo.

—¿Conmigo? ¿Es posible?

—Sí.

—Pero, ¿qué he hecho yo?—preguntó intrigada la que había sido su víctima—. Si alguien debe estar resentida en este asunto soy yo. El hombre que deja a su mujer en las circunstancias que me dejó a mí no puede ofenderse ni estar resentido. Que justifique su marcha, esto es lo que ya debiera haber hecho, como también preocuparse de su hija.

Haciendo un esfuerzo supremo, Rodrigo dijo:

—Te cree culpable.

—¿De qué?—preguntó Rosario orgullosa.

Miró al suelo Rodrigo y luego levantó la mirada hacia Rosario.

—Vosotras, las mujeres, no comprendéis las cosas; lo miráis todo bajo un punto de vista especial. Yo mismo, en el sitio de José..., tendría mis dudas.

—¿Tú hablas así, Rodrigo? Cuando tú, como nadie, puedes saber cómo yo me he comportado en todo momento. Escuché tu consejo de volver a torrear porque así he podido ganar con qué mantener bien a mi hija. No debo un centavo a nadie, ni a ti, pues no voy a correr en busca de un hombre que no sabe apreciar el verdadero valor de su mujer.

—Rosario, no te disgustes.

—Me ha bastado lo que me has dicho. Ha sido como si se descorriera una espesa cortina que tenía ante mis ojos, y ahora veo lo que está al otro lado de la montaña. Si José quiere ver a su hija y a mí, que sea él quien nos busque; yo no pienso dar un paso hacia su dirección.

—No puedo aconsejarte, has de ser tú quien decida en cuestión tan delicada.

—Está decidido desde ahora. El podrá considerarme culpable, según tú dices; pero como que no existe la tal culpa, seguiré como hasta ahora viviendo, solamente para mi hija.

Rosario hablaba con valentía y pensaba realmente hacer lo que decía, pero en el fondo de su corazón una voz exclamaba: «¿Por qué no me escribo? ¿Es que ya no me quiero?». No iba a consentir no obstante que estas voces secretas la hicieran variar de opinión, y para ella se esforzaba en recordar la angustia de

los primeros días de su marcha, lo que la ayudaba a sentirse firme en sus propósitos.

Era conveniente ahora estar preparada por cualquier encuentro con José. Estaban en plena temporada de toros y podía muy bien ser que al abandonar ella una población se encontrara con los toreros que tendrían que lidiar en la próxima corrida. Había resuelto no hablarle si es que él no solicitaba una entrevista, aunque temía que, al verle, se dispararan todas sus resoluciones.

Desde aquella tarde Rosario miraba los diarios todos los días, ávida de encontrar noticias de José, y muchas eran las veces en que veía recompensada su curiosidad. En esta forma mantenía una especie de contacto espiritual que le daba fuerzas extraordinarias. No sentía la menor envidia por los triunfos de «El Temerario». Su dignidad profesional no se sentía herida, muy al contrario, los consideraba como propios y enseñaba el diario a la pequeña y le decía muy bajito:

—Mira qué guapo y valiente es tu padre.

No le pasaba desapercibido a Rodrigo el estado de ánimo de Rosario; pero siempre había sido bajo el signo del sacrificio que aquél había tenido que admirar a aquella mujer. Cuando todavía era soltera y libre, todas sus manifestaciones de cariño fueron recibidas con frialdad porque siempre se sintió más atraída por Molina. Con éste había pasado por las más tristes vicisitudes, y sólo se sentía abatida y triste cuando no sabía nada absolutamente de él; pero en cuanto fue fácil saber de su paradero y seguir sus pasos, a través de la prensa, se iluminaron los ojos de Rosario y su torear adquirió otra gracia y vigor que le había faltado al principio. Sintió tentaciones Rodrigo de marchar a España y dejar que el destino decidiera la suerte de sus dos compañeros; pero le faltaba energía para tomar tal determinación y seguían pasando los días, cumpliendo los contratos que habían firmado juntos.

No habían coincidido aún en ninguna localidad, si bien llegaría un día en que esto ocurriría. El nombre de José Molina estaba en boca de todos los aficionados y constantemente se oían comentarios sobre sus corridas. Rodrigo no las comentaba ante

Rosario ni ante sus amigos, pero también seguía la información con curiosidad.

Los empresarios eran los más interesados en los éxitos recientes de «El Temerario». Su historia, la ausencia durante tanto tiempo del ruedo y su reaparición en mucho mejor forma que cuando había sufrido aquella terrible cogida, convertían a ese torero en un ídolo popular y se lo disputaban todas las empresas.

Estos rumores habían llegado a oídos de Rodrigo, quien temía que el día menos pensado se encontrarían juntos en algún cartel.

Iban pasando los días y lo que temía Rodrigo y ansiaba Rosario no había ocurrido. Pronto terminaría la temporada y cada uno podría ir a descansar por su lado.

UNA CORRIDA SENSACIONAL

Las corridas de José Molina, «El Temerario», se contaban sólo por triunfos definitivos y uno superaba al otro. La afición le reclamaba en todas las plazas y era el hombre del día.

¿Qué fuerza interior conduciría a José al pináculo de la gloria? ¿Toreaba siempre pensando en ella y le brindaba los toros? Muchas eran las horas en que José pensaba en su mujer y también se enteraba de sus éxitos, que le traían a la memoria los días dichosos de antes de su boda. Recordaba la graciosa figura de Rosario en la plaza, el entusiasmo que despertaba y la alegría que él sentía en su corazón pensando: será mía. Ahora no podía pensar lo mismo; pero la llama del cariño que por ella tuvo un día seguía ardiendo con el mismo brillo. Rosario era buena, se decía José, y no quería creer otra cosa.

Fue en Ciudad Juárez que se encontraron las dos cuadrillas, la de «El Temerario» y la de Rodrigo Rangel y Rosario. En todas las poblaciones donde hay plaza de toros no falta el café donde

se reúne la cuadrilla, y al coincidir dos en la misma población empezaron a circular rumores extraordinarios.

Una tarde, en el café de los toreros, como que la mayor parte de los mozos de estoque eran andaluces, estaban matando el tiempo tocando la guitarra y deleitándose con coplas y canto jondo los que afluían Sevilla y la Macarena.

Llegó Juanillo al local y sentóse con otros amigos de su cuadrilla. Su presencia despertó miradas recelosas de los que seguían a José y después de haberse asustado a miradas, se levantó uno de ellos y, dirigiéndose furioso a Juanillo, le dijo:

—¡Tú traicionaste a «El Temerario»!

—¡Yo! ¡Mientez! ¡Mientez como un bellaco!—contestó Juanillo, poniéndose en pie, temiendo verse agredido.

El insolente que le había hablado soltó la carcajada y dijo en voz bien alta para que lo oyeran todos los que estaban allí presentes:

—Juanillo fué con el que le convino y le pagó mejor; ¡qué bien le habían de pagar su trabajo!

—¿Qué intentaz decí, rufián?

—Oye, amigo—dijo, bajando un poquitín la voz y acercándose a Juanillo—, ¿tú le has conseguido Rosario a Rodrigo? —y se puso a reír como un loco.

No había ya quien detuviera a Juanillo, y abalanzándose sobre el pérfido que había puesto en palabras claras lo que todos pensaban, le cogió por el cuello con fuerza suficiente para estrangularle, mientras mascaba las siguientes palabras:

—¡Mienten y mienten quinez azín hablan! ¿Quién me acusa y de qué? ¡Fué José quien noz abandonó a toos!

La ira del criado era tan justa y violenta que hizo convertir en mueca la risa que se pintaba en la cara de todos los concurrentes. Animado Juanillo por haber logrado imponerse, aflojó un poco las manos que amenazaban con ahogar a su contrincante y dijo:

—¡Uztede, como que no zon hombrez, no pueden comprender lo que ha hecho Rodrigo por Rosario y por mí, canalla!

Al verse algo más libre, el otro hombre volvió a agredir a

Juanillo y pronto los dos rodaron por el suelo, obligando a los demás a intervenir para separarlos. Lo lograron, no sin dificultades, y cada uno de los contrincantes quedó rodeado de un grupo de hombres y las opiniones divididas.

—Lamento lo ocurrido—dijo Juanillo al dueño del caté.

—No te preocupes, Juanillo, no es la primera vez que se anda a puñetazos en esta casa.

El escándalo ocurrido en el cafetín había llegado a oídos de Rodrigo, pero no de Rosario, y aquel procuró que no se enterara de ello ni que se hallaba José en la población.

El empresario que les tenía contratados les mandó llamar.

—¿Qué querrá?—preguntó Rosario—. ¿No tenías el contrato ultimado?

—Sí, ya hace días. Alguna alteración en el orden—contestó Rodrigo con indiferencia.

—¿Debo ir yo también?

—Sí, ha dicho que fuéramos los dos.

A decir verdad, Rosario, ignorante de la presencia de José y su cuadrilla en la ciudad, no había dado importancia al aviso del empresario; no así Rodrigo, que desde aquel momento sintió un triste presentimiento.

Les recibió el buen señor con extraordinaria amabilidad, haciéndoles sentar e inició la conversación con mucho circunloquio hasta ir a parar a los triunfos de «El Temerario» en todas las plazas.

Rosario palideció en cuanto oyó el nombre de su marido, pero no dijo nada por no traicionarse.

—Precisamente tengo ahí encima la mesa la prensa del domingo. Parece que en Monterrey fué algo grande. Lea Rodrigo, lea...

Cogió el diario el torero y dió una mirada a una extensa información, ilustrada con fotografías, de la corrida. Silenciosamente le pasó a Rosario, quien se detuvo algo más mirando.

—Es un verdadero fenómeno. Este no puede decir que segundas partes nunca fueron buenas. Jamás estuvo tan bien en la primera parte de su vida de torero.

Estaba nervioso Rodrigo porque en aquel momento no atinaba exactamente adónde iba a parar el empresario y decidió interrogarle:

—Supongo que no nos ha llamado usted para que leyéramos las informaciones sobre «El Temerario», de las que ya teníamos noticia.

—No ha sido sólo para que leyeran, sino... Ustedes ya saben lo que es la afición. Es el público quien impone los toreros, quien los hace y los destroza.

Poco a poco se iba dibujando el plan del empresario.

—Ustedes torear el próximo domingo, ¿no?

—Así reza nuestro contrato.

—Ni más ni menos, está en un todo conforme. Una corrida ahora, otra dentro de tres semanas y la tercera a finales de septiembre. Sí, sí, sí.

—Yo le agradecería que fuese usted franco con nosotros—dijo Rosario—; ¿es que hemos dejado de interesarle?

—No, Rosarito de mi alma, qué idea más disparatada. Si me interesan ustedes muchísimo. La preocupación del empresario está siempre en hacer buenas combinaciones y tengo una en proyecto que no podía anunciar sin consultarles antes.

—¿De qué se trata?—preguntó Rodrigo.

Se le hacía un poco difícil al empresario formular la propuesta, pero ya había perdido bastante tiempo.

—Deseo hacer el cartel con los siguientes nombres: José Molina, Rosario y Rodrigo Rangel, a torear juntos.

Sin dar tiempo a que Rosario dijera una palabra, Rodrigo exclamó:

—¡Acepto!

Le miró sorprendida Rosario y meneó la cabeza:

—¡Imposible! Yo no; estaría nerviosa, no podría torear. ¿Sabes lo que representa para mí después de no haberle visto durante todo este tiempo, salir juntos a la plaza los tres, a dar de qué hablar al público, cuando ya se ha hablado tanto?

—Acepte, Rosario—insistía el empresario, temiendo que se le escapara la ocasión de llenar la plaza hasta el techo.

—¿Por qué? Va usted a buscar un fracaso, yo estaré nerviosa y no lo estará menos José. Convéznase de que es muy arriesgado lo que usted se propone. Somos tres nombres incompatibles.

—Yo no lo veo así—insistía el hombre, atento tan sólo a su negocio.

—Tú tienes ahora mucha seguridad—insistía Rodrigo—, y una vez en la plaza no te acordarás de nada. Ni necesidad tienes de hablarle.

—Créame, Rosario, va a ser un gran triunfo.

—¿Conoce José la composición del cartel que usted pretende?

—Sí.

—¿Le costó mucho convencerle?

—No, aceptó en seguida.

La idea de que José hubiese aceptado sin reparos el torear en la misma corrida que ella y Rodrigo le daba a entender que no tenía ningún reparo en verla y le hizo concebir la esperanza de que tal vez deseaba este encuentro. Esto fué lo que la decidió.

—Acepto su cartel y tocaremos los tres.

—Así me gusta, Rosario; ya verá cómo no se va a arrepentir.

—Entonces estamos de acuerdo. Seis toros, dos para cada uno—dijo Rodrigo.

—Muchas gracias, y que tengamos mucha suerte.

Los diarios de la noche de aquel mismo día ya publicaban el anuncio de la gran corrida con los tres nombres extraordinarios. Los comentarios eran muchos y para todos los gustos. Rosario no recibía a nadie porque no quería tomar parte en habladurías, y Rodrigo estaba un poco apesadumbrado.

Siempre había comprendido que Rosario seguía queriendo a José a pesar de todo y ahora se lo había confirmado plenamente.

Durante los dos días que precedieron a la gran corrida Rosario apareció siempre muy serena, pero evitó salir tanto como pudo porque no tenía interés de encontrarse con José antes de la corrida.

Llegó la tarde tan esperada por la afición como ansiada por Rosario, y mientras se arreglaba antes de salir a la plaza rezaba

a la Virgen de Guadalupe para que no ocurriera nada a ninguno de ellos.

Juanillo andaba un poco consternado ante el encuentro de su viejo amo y dolorido todavía por la pelea sostenida en defensa de Rodrigo y Rosario.

Se habían vendido todas las localidades y el público acudía a la plaza en toda clase de vehículos. Lujosos automóviles que conducían a americanos del otro lado de la frontera, autobuses de poblaciones vecinas, taxis, coches particulares, todo hacia la plaza a ver a torear a los tres ases. El primer mano a mano entre Rodrigo y José después de la cogida de éste y además la presencia de Rosario para completar el programa.

La música tocaba alegremiente, y la cuadrilla, ya formada, esperaba la llegada de los diestros para salir a la plaza. La puntualidad es proverbial en las corridas de toros, y pese a los nervios de los tres que figuraban en cartel, a la hora exacta estuvieron alineados para presentarse ante el público.

¡Al fin se encontraron cara a cara Rosario y José! Se colocó la dama entre los dos toreros y en el instante que permanecieron parados antes de ponerse en marcha, José la miró en los ojos y le dijo:

—Luego hablaremos.

Salió la cuadrilla a la plaza y fué recibida con una ovación atronadora. Una parte gritaba ¡«El Temerario»! estentóreamente y otra parte ovacionaba a Rodrigo. Contestaban los toreros a los entusiastas saludos y después de haberse presentado a la presidencia se disolvió la cuadrilla y salió el primer toro. Le correspondía torear a Rodrigo, y Rosario se acercó a él y le dijo:

—Quiero pedirte un favor, que triunfe José.

Miró Rodrigo a Rosario y le contestó con los ojos llenos de tristeza.

Entre aplausos y protestas, empezó a torear Rodrigo el primer toro, con muy buena gracia. Pases por alto, medios pases y una estocada equivocada. Protestas por una parte del público y palmas.

Rosario, presa de la nerviosidad, seguía la faena desde la barrera junto a Juanillo. José seguía atento con la vista a Rodrigo,

al que vela divagar. El toro no era malo; era el torero que se hallaba faltado de seguridad. José no le perdía de vista y en un momento que pareció dudoso corrió a distraer al bicho con la capa. La intervención de José fué premiada con palmas a pesar de su poca importancia.

—Está apático, frío—observó José a otro torero.

—No sé lo que le pasa hoy, no parece el mismo de Chihuahua hace dos semanas.

El toro no le obedecía. Esto se había notado en cuanto había salido del chiquero. La testarudez del animal y la nerviosidad del diestro no podían conducir a nada bueno. No tardó mucho en ocurrir la catástrofe. Un instante de distracción y Rodrigo volaba por el aire. Al caer, sin que tuviera tiempo de llegar a él ningún torero, le había cogido de nuevo para lanzarle todavía más alto y con más fuerza. Corrió toda la cuadrilla a distraer al toro, pero el mal ya estaba hecho. Las heridas de Rodrigo serían forzosamente mortales.

En brazos de sus compañeros fué llevado a la enfermería y depositado en la mesa de operaciones, donde inmediatamente empezaron a actuar los médicos.

Le clorofurizaron, y mientras perdía noción de las cosas pasaban por su cerebro estampas de los primeros días de su carrera, la primera vez que vió torear a Rosario, ella, siempre ella. Los aplausos, la gloria y luego la nada.

Cuando Rodrigo volvió en sí preguntó por sus compañeros.

—Es preferible que no hable por ahora, Rodrigo, ya les verá luego.

—Quería pedirle un favor, doctor; cuando vengan, no les diga que estoy grave, se lo suplico.

—¿Quién habla de gravedad, querido Rodrigo?

—Nadie; pero yo la siento.

—Es la debilidad por la pérdida de sangre, pero ya verá cómo se reponi. Ahora lo que conviene es que no se agite.

La noticia de la gravedad del torero cogido había circulado rápidamente por dentro y fuera de la plaza. Los toreros y la cuadrilla estaban silenciosos en la antesala de donde habían operado

a Rodrigo, y no se les concedía permiso para entrar a verlo. Sentada en un rincón se hallaba Rosario llorando silenciosamente. No levantaba la vista del suelo José, temeroso de encontrarse con los ojos de Rosario, y así pasaba el tiempo sin que apareciera nadie a darles alguna buena noticia. Muchos eran los que estaban esperando por si fuera posible testimoniar al diestro herido el interés y simpatía que por él sentían; pero la habitación parecía estar vacía, tanto era el silencio que reinaba.

Habían transcurrido casi dos horas cuando apareció el doctor a la puerta.

Miró a todos los que allí había e hizo una seña a José y otra a Rosario. Les habló en voz muy baja:

—Ha pedido por ustedes dos y he creído oportuno hacerles entrar, pero les suplico que no le digan nada que pueda excitarle. ¡Está muy grave!

Las lágrimas corrían por las mejillas de Rosario.

—Seque esas lágrimas, Rosario; no convienen estas cosas, José.

Haciendo un enorme esfuerzo para aparentar una indiferencia que ni uno ni otro sentían, penetraron en la habitación donde se hallaba el torero con la cabeza vendada y los ojos enroscados.

Rosario se colocó a un lado de la cama y José al otro. El leve ruido que produjeron al acercarse le hizo abrir un poco los ojos y les sonrió suavemente. No pudo contener Rosario la emoción y se puso a llorar silenciosamente. José se acercó más a Rodrigo.

—Vengo a pedirte perdón.

—No hables así, José; no he de perdonar nada.

—Sí; quiero que sepas que siempre fui un egoísta, un celoso, déjame que te lo confiese ahora.

—Antes de que sea demasiado tarde—dijo el pobre herido.

—No es esto, Rodrigo; tú has de sanar, hemos de ser buenos amigos, ahora que he llegado a comprender tu verdadero valor. Sé lo bueno que has sido para con los míos y yo estaba ciego.

—José, ¿por qué hablas ahora de estas cosas? Estamos aquí reunidos unos instantes que han de transcurrir en paz. Quiero dejaros un buen recuerdo...

—Lo tenemos ya hace tiempo —murmuró Rosario entre lágrimas.

Volvió hacia ella sus ojos el moribundo, y luego, mirando a José, dijo:

—No sabes la joya que tienes en Rosario. ¡Cómo te quiere! José y Rosario no atrevían a mirarse.

—Pasará el tiempo y todo irá olvidándose—decía el enfermo—; no quiero pedirte mucho porque la vida empuja siempre adelante, pero cuando os halléis como hoy toreando, guardar un recuerdo para este amigo que siempre os quiso mucho a los dos. José, nunca me comprendiste. ¡Tan buenos amigos como pudimos haber sido!

—Lo somos y seguiremos siéndolo, y quiero que me digas que me perdonas—insistía José ante el temor de que Rodrigo cerrara los ojos para siempre sin haberle perdonado.

—¡Claro que te perdono! No creo que me hayas dado motivo de ofensa, pero si esto te ha de dar satisfacción,

Se acercó al doctor al lecho:

—No le conviene hablar demasiado...

—¡Lo mismo da, doctor, lo que no diga ahora me será muy difícil hacerlo llegar hasta mis amigos más tarde! Crea que no me duele nada. Ha pasado el dolor intenso que sentí al principio y ahora puedo decir que me siento muy bien, casi feliz.

El doctor cambió una mirada con los visitantes sin que le pudiera ver el enfermo y con los labios formó las palabras: ¡Se muere!

Por primera vez se miraron Rosario y José. Ella anegada en lágrimas.

—No llores, Rosario—dijo Rodrigo.

—Es que me sabe mal que sufras tanto—dijo ella, sin saber qué excusa dar.

—Te equivocas, no sufro, es mucho mejor así. Dios y la Virgen de Guadalupe así lo han querido. Hay que obedecer cuando a uno le llaman.

—¡Nuestra Virgencita habrá de salvarte!—dijo Rosario, empujándose un poco.

—No os marchéis—dijo el enfermo.

—Estamós aquí, no nos vamos. Te haremos compañía hasta que tú quieras.

—Es que no os veo, no brilla la luz.

El doctor tomaba el pulso del enfermo con semblante sombrío.

—¿Se acaba esto, doctor?—preguntaba.

—No, no, nada de esto, buena pulsación; pero no se excite.

—Estoy tranquilo, ¿dónde están mis amigos?

—Aquí, Rodrigo—exclamaron los dos a la vez.

Juanillo había logrado penetrar en la habitación y con lágrimas en los ojos miraba al que había sido su protector últimamente.

—Rodrigo, aquí está Juanillo, no se vaya...

—Querido Juanillo, tú sí que tienes un corazón de oro. Es un buen muchacho—dijo, dirigiéndose a José, aunque ya no le veía.

—Bien lo sé—respondió José, abrazando a su antiguo mozo.

Este abrazo hizo más feliz a Juanillo que todo el dinero que había ganado en su vida.

—No nos zepararemos más ahora los cuatro, ¿verdad?

Los labios de Rodrigo eran ya tan blancos como su semblante, pero todavía dibujaron una triste sonrisa al oír las palabras de Juanillo.

—Sí, los cuatro. ¿Dónde está la pequeña?

No eran momentos para gastarlos en vanas palabras ni intentar engañar a un moribundo que bien claro veía su camino a medida que iba perdiendo la vista para las cosas de la tierra. Los que al fin y al cabo habían sido buenos amigos permanecían allí en pie junto a su cama, observando su más leve movimiento, temerosos de que fuese el último. El médico tampoco se alejaba del lecho. La respiración del enfermo empezaba a ser fatigosa y hacía rato que no había abierto los ojos. Varias veces se había sumido en un sopor; pero luego, su juventud y vitalidad parecían volver y hablaba en voz segura.

—¡No me dejéis solo!

—No, Rodrigo, estamos todos aquí; ¿deseas algo?

—Nada; pero me siento más acompañado, José... Rosario...

—No nos hemos movido, los dos te acompañamos.

—Gracias, así lo quiero, Juanillo, ¿tú irás con ellos?

—Y con usted—contestó, llorando.

—No llores, Juanillo; yo estoy bien.

Era extraordinaria la valentía y vitalidad de aquel hombre que ni por una vez había exhalado una sola queja. Toda su preocupación había sido la felicidad de sus amigos.

Hizo un esfuerzo para sacar las manos de debajo del ambozo e inmediatamente corrió el doctor a yudarle.

—¿Qué quieres, Rodrigo?

—Quiero tener las manos libres.

Con mucho cuidado le ayudó el médico a ponerlas encima la cama, y sin haber cambiado una palabra ni una mirada, José cogió una mano de su amigo y Rosario la otra.

—Así me gusta, ahora me parece que os veo, que os siento más cerca... Pedid a Dios y a la Virgen de Guadalupe que quieran recibirme, ya no tardaré mucho en marcharme.

Con cierta torpeza porque eran muy pocas las fuerzas del herido, logró unir las manos de José y Rosario.

—¡Así... así han de estar para siempre!—dijo en voz muy baja, que sólo ellos dos oyeron.

Rosario y José se miraron. Luego miraron a Rodrigo, y ya no cabía duda de que los había dejado para siempre. Cayeron prostrados de hinojos, todavía con sus manos entre las de ellos dos, que habían servido para sellar la paz entre marido y mujer, mientras el alma del buen amigo volaba hacia regiones donde no hay muerte ni envidias.

En voz queda y mientras se alejaban de aquella habitación, José cogió a Rosario del brazo y murmuró en su oído:

Yo le juro a la Virgen Morena
que si alguna pena te causo, mujer,
me castigue por ser te perjuro
y con mano dura me haga padecer.

Que me quiten sus manos de Santa
 mis tardes de gloria y su bendición,
 porque mi cariño sólo es para ti...
 Y si tú me faltas, es mejor morir...
 Por esto te juro ante la Virgen,
 te juro que siempre me tendrás aquí
 para darte mi amor...
 Y toda la vida, vivir para ti...

F I N

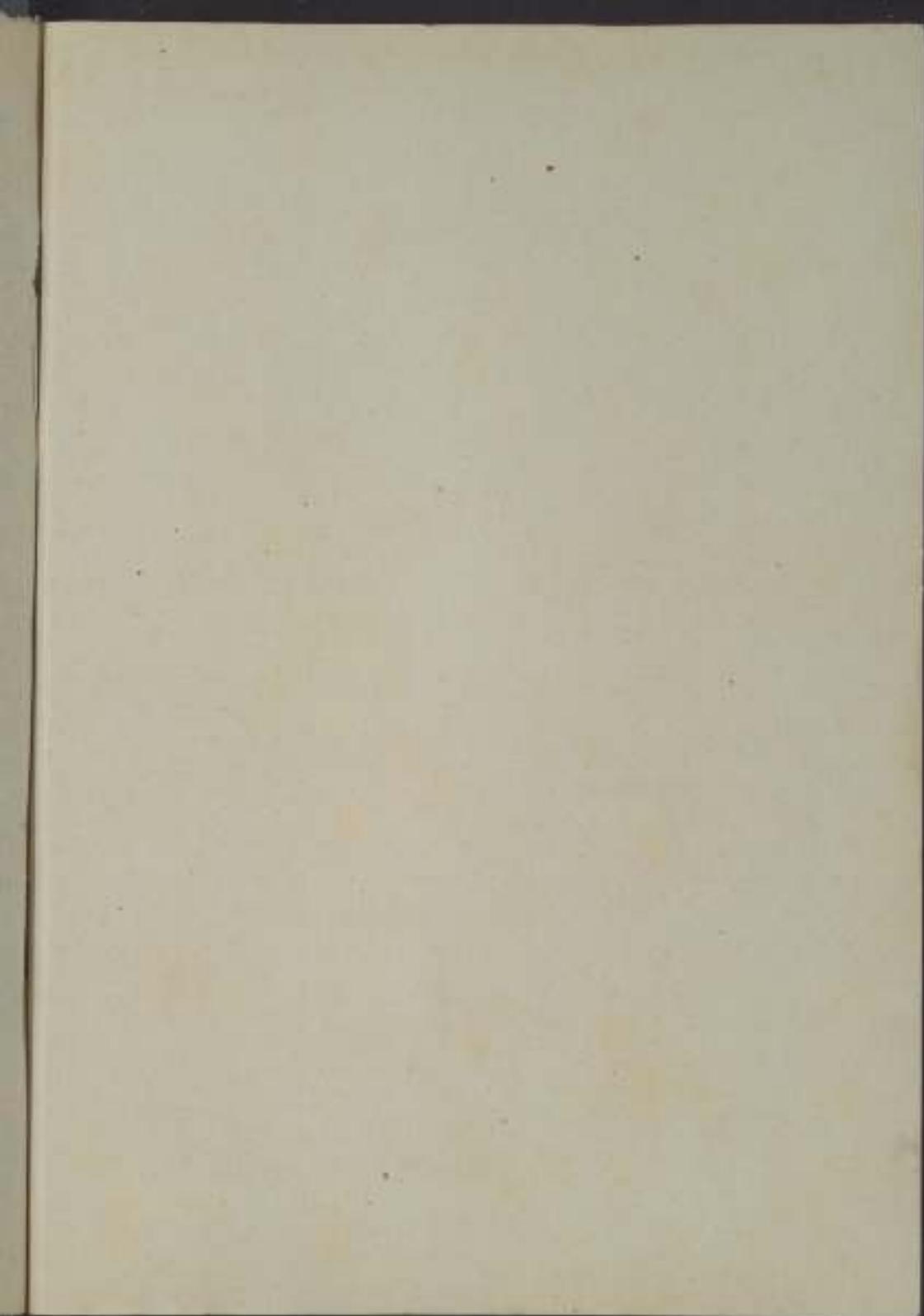
Colección **TAN... TAN...** 1'50 ptas.

- Núm. 1.**—Era una gallina tan buena, tan buena, que ponía los huevos con jamón.
- Núm. 2.**—Era un cazador tan humanitario, tan humanitario, que sólo disparaba a los animales balas de algodón.
- Núm. 3.**—Era una ama de casa tan aficionada a las gangas, tan aficionada a las gangas, que fué a comprar un nene y le dieron cuatro.
- Núm. 4.**—Era un hombre tan valiente, tan valiente, que tomaba el vino con "tifón".
- Núm. 5.**—Era un hombre tan feo, tan feo, que lo echaban de los cines para que no asustara a Boris Karloff.
- Núm. 6.**—Chistes variados.

No deje usted de coleccionar los

CANCIONEROS de JORGE NEGRETE

Cancones mexicanos	1'— peseta
JORGE NEGRETE «Selecciones»	1'— >
Creaciones de JORGE NEGRETE	1'50 >
JORGE NEGRETE y AMANDA LEDESMA	1'50 >
JORGE NEGRETE ses nuevos éxitos	1'50 >
JORGE NEGRETE, IRMA VILA Y TITO GUIZAR	1'50 >



CANCIONERO

de  Editorial **ALAS**

1' - peseta

PEPE BLANCO
ANTONIO AMAYA
ANTONIO MACHIN
MANOLO CARACOL
JUANITO VALDERRAMA
BONET DE SAN PEDRO
NINA DE LA PUEBLA
CONCHITA PIQUER
RAQUEL RODRIGO
CARMEN MORELL



NEGRETE
JUANITA REINA
MANOLO SEVILLA
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
PEPE MARCHENA
LOLA FLORES

CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

ANTONIO MACHIN
BONET DE SAN PEDRO
LOS CLIPPER'S

RAUL ABRIL
CANCIONERO ESTELAR
PEPE DENIS

COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona


3'50 ptas.